ALAN BENNETT

Con lo puesto

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

ALAN BENNETT

CON LO PUESTO

Título de la edición original: The Clothes They Stood Up
In Profile Books Londres, 1998
Diseño de la colección: Julio Vivas
Ilustración de Nick Dewar © Forlake Ltd., 1996, 1998
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2003
ISBN: 84-39-7013-5
Depósito Legal: B. 39450-2003
Printed in Spain

Los Ransome habían sido saqueados. «Robados», dijo Mrs. Ransome. «Saqueados», corrigió Mr. Ransome. Un local era saqueado; a una persona le robaban. Mr. Ransome era abogado de profesión y consideraba importantes las palabras. Aunque «saqueado» tampoco era el término correcto. Los ladrones seleccionan; eligen; escogen un objeto y desdeñan otros. Lo que pueden llevarse tiene un límite; es raro que carguen con una butaca, por ejemplo, y más aún con un sofá. Aquellos cacos lo hicieron. Se lo llevaron todo.

Los Ransome habían ido a la ópera, a ver *Cosí fan tutte* (o *Cosí* a secas, como Mrs. Ransome había aprendido a llamarla). Mozart desempeñaba una función importante en su matrimonio. No tenían hijos y de no ser por Mozart se habrían separado años atrás. Mr. Ransome siempre se bañaba al volver a casa del trabajo, y luego cenaba. Después de cenar se daba otro baño, esta vez de Mozart. Se revolcaba en Mozart; se recreaba en él; dejaba que el pequeño vienés eliminara toda la mugre y la asquerosidad que había tenido que soportar en su despacho todo el día. Aquel día concreto había estado en los baños públicos, es decir en Covent Garden, donde ocuparon asientos situados justo detrás del ministro del Interior. También éste se estaba dando un baño de música y limpiándose de todas las preocupaciones de la jornada, preocupaciones que aunque sólo fuera en forma de estadística estaban a punto de incluir a los Ransome.

En una velada normal, sin embargo, Mr. Ransome no compartía el baño con nadie, pues Mozart le llegaba personalizado a través de los auriculares y de un conjunto de accesorios estéreos complejos y muy bien equilibrados que Mrs. Ransome no estaba autorizada a tocar. Ella culpaba al estéreo del robo, ya que probablemente era, de entrada, lo que buscaban los ladrones. El robo de estéreos es frecuente; no lo es el de una moqueta.

—Quizá hayan envuelto el estéreo en la moqueta —dijo Mrs.

Ransome.

Su marido se estremeció y dijo que lo más probable era que lo hubiesen envuelto en su abrigo de piel, al oír lo cual Mrs. Ransome rompió a llorar otra vez.

No había sido un *Cosí* del otro mundo. Mrs. Ransome no pudo seguir la trama y a Mr. Ransome, que nunca lo intentaba, le pareció que la función no podía compararse con las cuatro grabaciones que tenía de la obra. La interpretación le distraía siempre. «Los actores no saben qué hacer con los brazos», le dijo a su mujer en el entreacto. Ella pensó que no sólo con los brazos, pero no lo dijo. Se estaba preguntando si la fuente que había dejado en el horno no se quedaría demasiado reseca a 180 ° Quizá a 170 ° habría sido mejor. Puede que estuviera seca, pero no había necesidad de preocuparse: los ladrones se llevaron el horno y la fuente.

Los Ransome vivían en un edificio de apartamentos eduardiano de color rojo oscuro, cerca de Regent's Park. Quedaba a dos pasos de la City, aunque Mrs. Ransome habría preferido algo más alejado, y se imaginaba fugazmente acarreando un cesto en un jardín. Pero no estaba muy dotada para la jardinería. Una violeta africana que le había regalado en Navidad la mujer de la limpieza terminó por expirar aquella misma mañana y tuvo que esconder la planta en el ropero, donde no la viese Mrs. Clegg. Otro esfuerzo inútil. También se habían llevado el ropero.

No se relacionaban con sus vecinos, o lo hacían muy raramente. De vez en cuando se topaban con gente en el ascensor y las dos partes esbozaban una sonrisa cautelosa. En una ocasión invitaron a tomar un jerez a unos recién llegados, pero él resultó ser lo que llamó «un fanático del jazz» y ella era recepcionista de una clínica dental con un apartamento en multipropiedad en Portugal, conque a la postre la velada había sido penosa y nunca repitieron la experiencia. En aquellos tiempos, la rotación de inquilinos parecía cada vez más rápida y el ascensor cada vez más díscolo. Era un entrar y salir continuo, a veces de árabes.

—O sea —dijo Mrs. Ransome—, esto parece un hotel.

—Me gustaría que no dijeras continuamente «o sea» —dijo Mr. Ransome—. No añade nada al sentido.

Estaba harto de lo que él llamaba «esa forma de hablar descuidada» en el trabajo; lo menos que podía pedir en casa, a su entender, era un inglés correcto. De modo que Mrs. Ransome, que normalmente tenía poco que decir, ahora tendía a decir aún menos.

Cuando el matrimonio se trasladó a Naseby Mansions, los apartamentos presumían de un portero con un uniforme de color ciruela, a juego con el color del edificio. Murió una tarde de 1982, cuando estaba parando un taxi para Mrs. Brabourne, del segundo

piso, que renunció al vehículo para que transportara al portero al hospital. Ninguno de sus sucesores mostró tanto celo en su misión ni tanto orgullo del uniforme, y al final el cometido de portero se fundió con el de un conserje que nunca estaba en la puerta y al que era difícil encontrar en alguna parte, pues su guarida era una antecocina caldeada, detrás del cuarto de calderas, donde pasaba gran parte del día durmiendo en una butaca que había sido desechada por uno de los inquilinos.

La noche en cuestión el portero estaba dormido, pero —cosa infrecuente en él— no en la butaca, sino en el teatro. En su búsqueda de un tipo de chica más fina, había decidido asistir a un curso educativo para adultos donde había optado por estudiar literatura; ya que tenía la oportunidad, le había dicho al profesor, le gustaría convertirse en un lector voraz. El profesor tenía algunas ideas interesantes, aunque no muy articuladas, sobre el arte y su relación con el puesto de trabajo, y al saber que su alumno era portero le había conseguido entradas para la obra del mismo nombre, pensando que los conocimientos que adquiriese podrían ser estimulantes para la interacción del grupo. Fue una velada que al portero le pareció tan poco satisfactoria como *Cosí* a los Ransome, y los conocimientos que espigó fueron limitados: «A juicio de este portero real», informó a la clase, «es una chorrada.» El profesor se consoló con la esperanza de que, sin que el portero lo supiera, la función le abriera puertas. En esto acertaba: las puertas en cuestión pertenecían al apartamento de los Ransome.

La policía se presentó finalmente, aunque hizo falta algo más que descolgar el teléfono. Los ladrones ya lo habían hecho, los tres teléfonos, en realidad, arrancando de cuajo el cable de la pared y de paso llevándose por delante los zócalos, por lo que, al no obtener respuesta del apartamento de enfrente («Estarán en su piso compartido en Portugal, seguramente», dijo Mr. Ransome, «o en algún concierto de jazz»), no tuvo más remedio que salir en busca de una cabina. «Maldita la gracia», le dijo a Mrs. Ransome, ahora que las cabinas también funcionaban como lavabos públicos. Las dos primeras que probó Mr. Ransome ni siquiera cumplían esta dualidad, pues sólo había mingitorios: hacía mucho que habían arrancado el teléfono. Un móvil, por supuesto, habría sido lo indicado, pero Mr. Ransome se había resistido a esta innovación («Delata falta de organización»), como se resistía a la mayoría de las innovaciones, salvo las relacionadas con la reproducción estereofónica.

Erró por calles desiertas, preguntándose cómo se las apañaba la gente. Los pubs habían cerrado y el único local abierto era una lavandería con un teléfono de pago en el escaparate. Esto le pareció

a Mr. Ransome un golpe de suerte; nunca le había hecho falta utilizar este tipo de locales y no se había percatado de que las lavanderías dispusieran de teléfono; pero como era novato en lavanderías tampoco sabía si a una persona que no estuviese haciendo la colada se la autorizaba a utilizarlo. Sin embargo, en aquel momento lo estaba usando la única clienta del lugar, una anciana con dos abrigos que a todas luces no se había lavado la ropa desde hacía tiempo, y Mr. Ransome, en consecuencia, se armó de valor.

La anciana estaba de pie, con el teléfono pegado a la oreja, sin hablar, pero tampoco escuchaba.

—¿Puede darse prisa, por favor? —dijo Mr. Ransome—. Se trata de una urgencia.

—Y esto también, querido —dijo la mujer—. Estoy llamando a Padstow, pero no contestan.

—Yo quiero llamar a la policía —dijo él.

—¿Le han agredido? —dijo la mujer—. A mí me atacaron la semana pasada. Es lo más habitual en estos tiempos. No era más que un mocoso. Suena, pero hay un pasillo largo. Suelen tomar una infusión a estas horas. Son monjas —dijo, a modo de explicación.

—¿Monjas? —dijo él—. ¿Está segura de que no están acostadas?

—Sí. Se pasan la noche de un lado para otro con sus rezos. Siempre hay alguien por ahí.

Siguió escuchando sonar al teléfono en Cornualles.

—¿Eso no puede esperar? —dijo Mr. Ransome, viendo que sus pertenencias se alejaban por la M1—. La rapidez es esencial.

—Lo sé —dijo la anciana—, en cambio las monjas tienen todo el tiempo del mundo. Es lo bueno del caso, menos cuando tienen que responder al teléfono. Tengo el proyecto de retirarme allí en mayo.

—Pero si estamos en febrero —dijo Mr. Ransome—. Yo...

—No les queda ninguna plaza —explicó la anciana—. Hay silencio y tres comidas al día, así que figúrese. Lo utilizan como una casa de vacaciones para religiosos de ambos sexos. Nadie pensaría que las monjas necesitan vacaciones. Los rezos no te agotan. No como conducir un autobús. Sigue sonando. Quizá han terminado su infusión y se han ido a la capilla. Supongo que podría llamar más tarde, sólo que... —Miró las monedas que aguardaban en la mano de Mr. Ransome—. Ya he metido dinero.

Mr. Ransome le dio una libra y ella le cogió además los otros cincuenta peniques, diciendo:

—No necesita dinero para llamar al 999.

Colgó el auricular y las monedas salieron solas, pero Mr. Ransome estaba tan impaciente por llamar que apenas se fijó. Sólo más tarde, cuando estuvo sentado en el suelo de lo que había sido el

dormitorio conyugal, dijo en voz alta:

—¿Te acuerdas de la tecla de devolución? Ha desaparecido, ¿sabes? No me había fijado.

—Ha desaparecido todo —dijo Mrs. Ransome, sin entender de qué hablaba su marido—: el ambientador, la jabonera. No son seres humanos; o sea, se han llevado hasta la escobilla del retrete.

—¿Bomberos, policía o ambulancia? —preguntó una voz de mujer.

—Policía —dijo Mr. Ransome. Hubo una pausa.

—Qué rico está este plátano —dijo una voz de hombre—. ¿Sí? Policía —Mr. Ransome empezó a explicar pero el hombre le cortó en seco—. ¿Alguien en peligro?

Estaba masticando.

—No, pero... —dijo Mr. Ransome.

—¿Amenazan a alguien?

—No, sólo... —dijo Mr. Ransome.

—Hay un ligero atasco en este momento, jefe —dijo la voz—. Permanezca a la escucha mientras le mantengo en espera.

Mr. Ransome se encontró escuchando un vals de Strauss.

—Probablemente están tomando algo caliente —dijo la anciana, que, como él olió, seguía pegada a su codo.

—Discúlpeme —dijo la voz, cinco minutos después—. Operamos manualmente en este momento. El ordenador tiene hipo. ¿En qué puedo ayudarle?

Mr. Ransome explicó que había habido un robo y dio la dirección.

—¿Está usted al teléfono?

—Pues claro —dijo él—, yo sólo...

—¿Qué número tiene?

—Se han llevado el teléfono —dijo él.

—No es nada nuevo —dijo la voz—. ¿Inalámbrico?

—¡No! —dijo Mr. Ransome—. Uno estaba en el cuarto de estar, otro al lado de la cama...

—No nos liemos con los detalles —dijo la voz—. Además, el robo de un teléfono no es el fin del mundo. ¿Qué número era?

Eran más de la una cuando volvió a casa y su mujer, que ya empezaba a recuperarse, estaba en lo que había sido su dormitorio, sentada de espaldas a la pared en el lugar donde habría estado acostada si hubiera habido una cama. Había llorado a lágrima viva mientras Mr. Ransome estaba fuera, pero ya había enjugado el llanto, tras haber decidido poner al mal tiempo buena cara.

—Creía que te habrías muerto.

—¿Por qué muerto?

—Bueno, las desgracias nunca vienen solas.

—Por si quieres saberlo, estaba en una lavandería. Ha sido horrible. ¿Qué comes?

—Una pastilla contra la tos. La he encontrado en mi bolso.

Era una de las pastillas que él insistía en que llevase consigo siempre que iban a la ópera, desde el acceso de tos que sufrió durante todo *Fidelio*.

—¿Tienes otra?

—No —dijo ella—. Era la última.

Mr. Ransome fue al retrete, comprendiendo demasiado tarde que el saqueo había sido tan completo que se habían llevado tanto el rollo de papel higiénico como su soporte.

—No hay papel —gritó Mrs. Ransome.

El único que había en el piso era el programa de *Cosí*, y al pasárselo a través de la puerta ella vio, no sin satisfacción, que su marido tendría que limpiarse el trasero con una foto de Mozart.

Inflexible y rígido, el folleto satinado (patrocinado por Barclay's Bank) era poco práctico e insumergible, y tras tres descargas de agua el ojo feroz de Sir George Solti seguía bizqueando con rencor por la curva de la taza.

—¿Mejor? —preguntó Mrs. Ransome.

—No —dijo su marido, y se sentó a su lado contra la pared. Sin embargo, al notar que el zócalo se le clavaba en la espalda, ella cambió de postura para tumbarse en ángulo recto recostada contra su marido, de tal modo que su cabeza descansaba en el muslo de él, una situación que no se había producido en muchos años. A la par que se decía que aquello era una urgencia, Mr. Ransome descubrió que se trataba de una conjunción a la vez incómoda y embarazosa, pero que al parecer agradaba a su esposa, pues se quedó dormida sin más y le dejó mirando con tristeza a la pared de enfrente y a la ventana ahora sin cortinas, de las que los ladrones, advirtió con asombro, se habían llevado también los aros.

Eran las cuatro cuando llegó la policía: un hombre grande, de mediana edad, con gabardina, que dijo que era un sargento del departamento de investigación, y un joven agente uniformado, de aire sensible, que no abrió la boca.

—Ya era hora —dijo Mr. Ransome.

—Sí —dijo el sargento—. Habríamos llegado antes, de no ser por un pequeño... ah, fallo técnico, como suele decirse. Nos hemos equivocado de puerta. Por culpa de este muchacho. Ha visto el nombre Hanson y...

—No —dijo Mr. Ransome—. Ransome.

—Sí. Ya lo hemos visto... al final. Acaban de mudarse, ¿eh? —dijo el sargento, inspeccionando los suelos desnudos.

—No —dijo Mr. Ransome—. Llevamos aquí treinta años.

—Estaba totalmente amueblado, ¿no?

—Por supuesto —dijo Mr. Ransome—. Era una casa normal.

—Un sofá, butacas, un reloj —dijo Mrs. Ransome—. Teníamos de todo.

—¿Televisión? —preguntó el agente tímidamente.

—Sí —contestó ella.

—Pero no la veíamos mucho —dijo el marido.

—¿Vídeo?

—No —dijo Mr. Ransome—. La vida ya es bastante complicada.

—¿Compact disc?

—Sí —dijeron marido y mujer al unísono.

—Y mi mujer tenía un abrigo de piel —dijo el marido—. Mi seguro tiene una lista de los objetos de valor.

—En ese caso —dijo el sargento—, es coser y cantar. Echaré un vistazo, si no les importa, mientras el agente Partridge toma nota de los detalles. ¿Los vecinos de enfrente han visto a los intrusos?

—Están en Portugal —dijo Mr. Ransome.

—¿El portero?

—A juzgar por lo que le vemos, probablemente también está en Portugal —dijo Mr. Ransome.

—¿Se escribe Ransom como en rey o Ransome como en Arthur? [1] —preguntó el agente.

—Partridge pertenece a nuestra última promoción de agentes —dijo el sargento, examinando la puerta de entrada.

—Veo que no han forzado la cerradura. Han subido por una escalera. ¿No tendrán por ahí algo parecido a una taza de té, por un casual?

—No —dijo secamente Mr. Ransome—, porque no tenemos nada parecido a una tetera. Por no hablar de una bolsita de té.

—Supongo que querrán asistencia psicológica —dijo el agente.

—¿Qué ?

—Alguien que viene y te sostiene la mano —dijo el sargento, mirando por la ventana—. Partridge cree que es importante.

—Todos somos humanos —dijo el agente.

—Soy abogado —dijo Mr. Ransome.

—Bueno —dijo el sargento—. Quizá su mujer quiera probar. Démosle gusto a Partridge.

Mrs. Ransome sonrió servicialmente.

—Pondré que sí —dijo el agente.

—No han dejado nada, ¿eh? —preguntó el sargento, olfateando y alargando la mano y pasándola por la moldura para colgar cuadros.

—No —dijo Mr. Ransome, irritado—. Nada. Como puede ver.

—No me refería a las cosas de ustedes —dijo el sargento—, sino

a algo de ellos. —Olfateó de nuevo, inquisitivamente—. Una tarjeta de visita.

—¿Una tarjeta? —dijo Mrs. Ransome.

—Excrementos —dijo el sargento—. Robar provoca nerviosismo. A menudo sienten ganas de vaciar los intestinos cuando están obrando.

—Que es otra manera de decirlo, sargento —dijo el agente.

—¿Otra manera de decir qué, Partridge?

—Obrar es otra forma de decir vaciar los intestinos. En Francia —dijo el agente— se conoce como poner un centinela.

—Oh, ¿le han enseñado eso en Leatherhead?—dijo el sargento —. Partridge ha estudiado en la academia de policía.

—Es como una universidad —explicó el agente—, sólo que no tienen bufandas.

—De todos modos —dijo el sargento—, haga una exploración. En busca de excrementos, me refiero. Suelen ser muy creativos al respecto. Una vez investigué un robo en Panghourne en el que lo habían hecho en medio de la pared, en un aplique del siglo XVIII. En cualquier otro campo habrían ganado un premio.

—Tal vez no se haya fijado en que no tenemos ningún aplique —dijo Mr. Ransome, con tristeza.

—Otro en Guilford lo hizo en un bol de flores secas aromáticas.

—Sería una ironía —dijo el agente.

—Sí, ¿verdad? —dijo el sargento—. Y yo pensando que sólo era un yonqui de manos largas que sufría incontinencia. Pero ahora que hablamos de funciones fisiológicas, antes de marcharnos creo que yo mismo haré una visita.

Ransome se percató demasiado tarde de que debería haberle advertido, y se refugió en la cocina.

El sargento salió moviendo la cabeza.

—Bueno, por lo menos nuestros amigos han tenido la decencia de utilizar el retrete, pero lo han dejado en un estado repugnante. Nunca habría pensado que tendría que hacer una deposición sobre la gran Kiri Te Kanawa. Su grabación de *West Side Story* es una de las joyas de mi colección de discos.

—A decir verdad, ha sido mi marido —dijo Mrs. Ransome.

—Madre mía —dijo el sargento.

—¿Qué pasa? —dijo Mr. Ransome, volviendo a la habitación.

—Nada —dijo su mujer.

—¿Creen que los cogerán? —pregunto Mr. Ransome en la puerta cuando los dos policías se iban.

El sargento se rió.

—En fin, ocurren milagros, incluso en el mundo de la ley. ¿Tiene cuentas pendientes con alguien?

—Soy abogado —dijo Mr. Ransome—. Es posible.

—¿Y no será una broma de alguien?

—*¿Una broma*?—dijo Mr. Ransome.

—Era sólo una idea —dijo el sargento—. Pero si se trata de un ladrón auténtico, le diré lo siguiente: siempre vuelve.

El agente asintió con aire competente; hasta en Leatherhead estaban de acuerdo en eso.

—¿Qué vuelve? —dijo Mr. Ransome con amargura, mirando al piso vacío—. *¿Volver?* ¿Para qué coño vuelve?

Mr. Ransome rara vez decía palabrotas y su mujer, que había permanecido en la otra habitación, hizo como si no oyera. La puerta se cerró.

—De nada —dijo Mr. Ransome al volver—. No ha servido de nada. Te entran ganas de blasfemar.

—En fin —dijo su mujer unas horas más tarde—. Tendremos que acampar. Hasta podría ser divertido —dijo, nada descontenta.

—¿Divertido? —dijo él—. *¿Divertido?*

Estaba sin afeitar y sin lavar, tenía el trasero irritado y había desayunado un vaso de agua del grifo. Aun así, por mucho que su mujer intentase disuadirle, no lograría impedirle que se fuese heroicamente al trabajo, y ella sabía instintivamente que, incluso en aquellas circunstancias sin precedentes, su papel consistía en encomiar la abnegada conducta de su marido.

Así y todo, cuando él se hubo ido y con el piso tan vacío, Mrs. Ransome le echó un poco de menos, mientras deambulaba de un cuarto resonante a otro, sin saber por dónde empezar. Al decidir hacer una lista olvidó por un momento que no tenía nada con que hacerla. Tuvo que ir a la tienda de periódicos a comprar un bloc y un lápiz, y allí descubrió algo en lo que nunca se había fijado: que había un café al lado de la tienda. Al parecer, preparaban desayunos calientes, y aun cuando, con su vestido de ópera, se sintió un poco desplazada entre los taxistas y los recaderos en bici que formaban el grueso de la clientela, nadie reparó mucho en ella, y la camarera hasta la llamó «encanto» y le ofreció un ejemplar del *Mirror* para que lo leyera mientras aguardaba su beicon con huevo, judías y pan frito. No era el periódico que leía normalmente, pero tampoco aquel desayuno era el que tomaba habitualmente, y se enfrascó tanto en los chismorreos de prensa sobre la realeza y sus fechorías que acabó apoyando el diario en el bote de salsa para leerlo mientras desayunaba, olvidando por completo que uno de los motivos por los que había entrado en el local era confeccionar una lista.

A falta de ella, sus compras fueron bastante caóticas. Primero fue a Boots y compró rollos de papel higiénico y platos y tazas de

papel, pero se olvidó del jabón. Y cuando se acordó del jabón se olvidó de las bolsitas de té, y cuando se acordó de las bolsitas se olvidó de las servilletas de papel, hasta que con tanto ir y venir del piso a la calle empezó a sentirse agotada.

En el tercero de estos viajes cada vez más agitados (ahora se había olvidado de los cubiertos de plástico), se aventuró a entrar en la tienda de Mr. Anwar. Pasaba por delante de ella muy a menudo, pues estaba a medio camino entre su casa y la St. John's Wood High Street; de hecho, recordaba su apertura y el pequeño comercio de mercería y ropa de niños al que había reemplazado y del que había sido una clienta fiel. Regentaba el negocio Miss Dorsey, a quien a lo largo de los años le había comprado alguna que otra funda de bandejas o madejas de hilo, pero, con mayor frecuencia, paquetes de simple papel de estraza de lo que en aquellos tiempos se llamaban «pañitos». El cierre del comercio a finales de los años sesenta había dejado a Mrs. Ransome inquieta y desprotegida, por lo que fue una auténtica sorpresa entrar en Timothy White's y descubrir los grandes avances que la tecnología había hecho en este sector íntimo y que no se reflejaban en las antiguas existencias de Miss Dorsey, de las que Mrs. Ransome, una de las últimas clientas de la menguante clientela, había sido casi la única consumidora. Sabía que estaba anticuada, pero también había esnobismo en ello, pues le parecía vagamente más fino que le entregaran su pedido sin cambiar una palabra por encima del mostrador, con la sonrisa paciente y sufrida de Miss Dorsey («Nuestra cruz», decía la sonrisa), que tomar lo que necesitaba de una estantería promiscua de Timothy White's. Esta última tienda, por su parte, no tardó mucho en correr la suerte de la de Mrs. Dorsey, engullida por Boots, si bien Boots, a su vez, en su opinión, estaba un palmo por encima de la farmacia más próxima, Superdrug, que no le parecía nada elegante.

El cierre del comercio de Miss Dorsey (la encontraron una tarde tendida al otro lado del mostrador, tras haber sufrido un ataque) dejó el local vacío por un tiempo hasta que, al pasar una mañana de camino hacia High Street, Mrs. Ransome vio que la tienda había sido ocupada por un tendero asiático, y que la acera de delante del escaparate, donde anteriormente no había nunca nada más que algún coche de bebé de alguna clienta, estaba ahora invadida por cajas de frutos exóticos —ñame, papaya, mangos y demás—, así como de muchos sacos, sobre los cuales, a su entender, era facilísimo que los perros levantaran la pata.

Así que en parte se debía a lealtad a Miss Dorsey y en parte a que no era de su estilo el que Mrs. Ransome no hubiese entrado nunca en aquel local hasta aquella mañana en que, para ahorrarse volver por undécima vez a High Street, pensó en entrar a preguntar

si por casualidad tenían betún (ella habría sido la primera en admitir que había compras más urgentes que hacer, pero Mr. Ransome era muy maniático con su calzado). A pesar de los más de veinte años que habían transcurrido, la tienda de la época de Miss Dorsey seguía siendo reconocible, porque, aparte de haber introducido un congelador y vitrinas refrigeradas, Mr. Anwar se había limitado a adaptar las instalaciones existentes a sus propias necesidades. Cajones que antes habían estado consagrados a los refinados accesorios de una vida ociosa —patrones de punto, agujas de ganchillo, puntillas— ahora albergaban chapatas y panes de pita; las especias suplantaban a gorros y escarpines, y los anaqueles y cajones hondos que antaño contenían prendas de calcetería y lencería estaban ahora llenos de arroz y garbanzos.

A Mrs. Ransome le pareció improbable que tuvieran betún (¿usaban calzado normal?), pero estaba tan cansada que se decidió a probar, y como quería betún rojo oscuro (o lo quería su marido), pensó vagamente que tal vez fuera un tono sobre el cual tuvieran reservas de tipo religioso. Pero el jovial y regordete Mr. Anwar sacó varias cajas para que las examinara, y ella, mientras pagaba, divisó un cepillo de uñas que le haría falta; además, los tomates tenían buena pinta y había un limón, y mientras lo miraba cayó en la cuenta de que en la tienda vendían también artículos de ferretería y compró un colador. A medida que recorría el local, la habitualmente callada Mrs. Ransome se encontró explicando al regordete y afable tendero las circunstancias que la habían inducido a adquirir tan peregrina variedad de cosas. Y él sonreía y movía la cabeza, comprensivo, al tiempo que sugería otros productos que sin duda ella tendría que reponer y que él le suministraría de muy buena gana.

—La han desvalijado, los muy bribones. Ahora no sabrá ni por dónde le da el aire. Necesitará jabón de fregar y uno de estos desodorantes para el inodoro.

De modo que ella acabó comprando un montón de cosas, demasiadas para transportarlas, pero esto tampoco importaba, porque Mr. Anwar llamó a su chico, que estaba en el piso de arriba («Espero no haberle arrancado del Corán», pensó ella), y él, con su gorrita, la siguió hacia su casa, cargando las compras en una caja de cartón.

—Mercancía defectuosa, seguramente —dijo Mr. Ransome más tarde—. Así es como hacen negocio.

Mrs. Ransome no entendía muy bien cómo podía haber betunes defectuosos, pero no lo dijo.

—Es de esperar que te lo traigan a casa —dijo.

—Quieres decir que esperas que lo traigan a casa —dijo Mr.

Ransome (y era una vieja pendencia)—. «Es de esperar que lo traigan» quiere decir que nunca se sabe si vendrán. —Lo cual también era probablemente cierto.

—En cualquier caso —dijo ella, desafiante—, cierran a las diez de la noche.

—Se lo puede permitir —dijo él—. Seguramente no paga sueldos. Yo me quedo con Marks and Spencer.

Y ella también, por lo general, aunque un día entró a comprar un mango y otro día una papaya; pequeñas incursiones, cierto, pero inéditas, viajes de descubrimiento timoratos que, como conocía demasiado bien a su marido, no iba a confesarle.

Los Ransome tenían pocos amigos; raras veces recibían, pues Mr. Ransome decía que ya veía a suficiente gente en el trabajo. En las escasas ocasiones en que Mrs. Ransome se topaba con algún conocido y se arriesgaba a referirle su espantosa experiencia, le asombraba comprobar que a todo el mundo, por lo visto, le habían entrado alguna vez en casa. Ninguno de los robos que le contaban era, a su juicio, tan drástico o sorprendente como el que ellos habían sufrido, que debía en justicia superar con creces a aquellos otros allanamientos menos aparatosos, pero las comparaciones apenas parecían tener nada que ver con el asunto: los amigos sólo soportaban su relato como un preludio ineludible antes de contar el suyo. Preguntó a su marido si lo había advertido.

—Sí —dijo él, lacónico—. Se diría que ocurre todos los días.

Lo cual, por supuesto, era cierto, pero estaba seguro de que no ocurría de una forma tan rotunda y concluyente, tan totalmente épica como en su caso.

—Todo —dijo Mr. Ransome a Gail, su secretaria desde hacía mucho tiempo—. Hasta el último alfiler.

Gail era una mujer alta y de aire compungido, cosa que Mr. Ransome agradecía, pues no aguantaba mucho lo que él llamaba «tonterías»: es decir, la feminidad. Con todo, si Gail hubiera sido un poco más tonta, habría podido ser más compasiva, pero, como todo el mundo, soltó su propio episodio de robo, diciendo que le sorprendía que no hubiese sucedido antes, pues a la mayoría de sus conocidos les habían robado en casa una vez como mínimo, y a su cuñado, que era podólogo en Ilford, dos veces, una de las cuales por el método del «alunizaje» mientras estaban viendo la tele.

—Lo que hay que vigilar es el trauma: a la gente le afecta de manera distinta. La alopecia, por lo visto, es una de las consecuencias más frecuentes en las víctimas de estos robos, y a mi hermana le salió un eczema espantoso. Fíjese —prosiguió Gail— en que siempre son hombres.

—¿Quiénes?

—Los ladrones.

—Bueno, las mujeres roban en las tiendas —dijo Mr. Ransome, a la defensiva.

—No hasta ese punto —dijo Gail—. No se la llevan entera.

Sin saber cómo había acabado en el lado malo de la discusión, Mr. Ransome se sintió a la vez irritado y descontento, y probó, también sin éxito, con Mr. Pardoe, del bufete contiguo.

—¿Que te han limpiado la casa? Bueno, agradece que no estuvieras dentro. Mi dentista y su mujer estuvieron atados siete horas y pueden darse con un canto en los dientes de que no les violaran. Pasamontañas, walkie-talkies. Es una industria hoy en día. Yo les castraría.

Aquella noche Mr. Ransome sacó un diccionario de su maletín: ambas cosas recién compradas. El diccionario era su libro favorito.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó su mujer.

—Mirando «pensión completa». Supongo que significa lo mismo que «desayuno, comida y cena incluidos».

A lo largo de la semana siguiente, Mrs. Ransome reunió los pertrechos básicos: dos catres de camping, así como ropa de cama y toallas, una mesa de juego y dos sillas plegables. Compró un par de lo que ella llamaba *beanbags*,[2] aunque en la tienda lo llamaban de otro modo; parece ser que eran muy populares entre la gente a la que no le habían robado y que los usaba para sentarse por gusto en el suelo. Hasta compraron (fue la aportación de Mr. Ransome) un CD portátil y una grabación de *La flauta mágica.*

Como a Mrs. Ransome siempre le había gustado ir de compras, esta readquisición obligatoria de los enseres básicos de la vida no estuvo exenta de placer, aunque la necesidad era tan acuciante que apenas podía elegir. Hasta entonces, todos los aparatos eléctricos tenían que ser adquiridos por Mr. Ransome, o ser sometidos a su supervisión, una norma aplicable incluso a un electrodoméstico como el aspirador, que él nunca manejaba, o el lavavajillas, que él no llenaba casi nunca. Sin embargo, en las especiales circunstancias derivadas del robo, su esposa se vio autorizada a comprar cualquier cosa que estimase necesaria, fuese eléctrica o no; no sólo adquirió una tetera eléctrica, sino también un microondas, innovación a la que Mr. Ransome se había opuesto largo tiempo y a la que no le veía sentido.

La probabilidad de que muchos de estos enseres (los *beanbags,* por ejemplo) hubieran de ser desechados una vez que el seguro les pagase y compraran otros más permanentes no mitigó el entusiasmo que Mrs. Ransome derrochó en comprarlos. Además, la segunda fase podría retrasarse ya que la póliza del seguro también había sido robada, junto con todos los demás documentos, de modo que la

indemnización, aunque estaba garantizada, quizá tardara en llegar. En el ínterin vivían en una especie de desnudez que a ella, por lo menos, no le desagradaba del todo.

—Vivimos a salto de mata —dijo Mr. Ransome.

—Con la maleta a cuestas —dijo Croucher, su agente de seguros.

—No —dijo Mr. Ransome—. No tenemos maletas.

—¿No cree que podría haber sido una broma? —preguntó Croucher.

—Todo el mundo me dice eso —dijo Mr. Ransome—. Las bromas han debido de cambiar desde mi época. Creí que se pretendía que fueran graciosas.

—¿Qué tipo de estéreo era?

—Oh, el más moderno. Lo último y lo mejor. Tengo las facturas en algún sitio..., ah, no, claro. Se me olvidaba.

Aun siendo esto un verdadero lapsus, quizá fuese una suerte que las facturas hubiesen sido robadas junto al equipo al que correspondían, porque Mr. Ransome estaba diciendo una pequeña mentira. Su cadena de sonido no era la más moderna del mercado, pues ¿hay alguna que lo sea? La reproducción de sonido no es estática; la perfección es siempre perfectible y apenas pasa una semana sin que se produzca algún progreso técnico. Como lector voraz de revistas de alta fidelidad, Mr. Ransome veía a menudo anuncios de refinamientos que le habría encantado que formaran parte de su experiencia de oyente. El robo, por devastador que hubiese sido, era su oportunidad. Así pues, en el momento en que cobró conciencia de las ventajas potenciales de la pérdida, el hombre tan sumamente inflexible que llevaba dentro comenzó, aunque a regañadientes, a recuperarse.

Mrs. Ransome, que también era capaz de ver el lado risueño de las cosas, ahora lo hacía siempre. Cuando se casaron se habían equipado de todo lo necesario para un hogar bien organizado; tenían una vajilla y un servicio de té, así como manteles a juego; tenían platos de postre, vasos para licores y montones de bizcocheras. Tenían tapetes para el tocador, posavasos para la mesa del café, mantelillos individuales para la mesa del comedor; toallas de manos para invitados y de baño a juego, felpudos de retrete que combinaban con otros para la ducha. Tenían palas para servir pastel, palas para pescado y otro tipo de delicadas palas de plata y hueso cuya función exacta Mrs. Ransome nunca había conseguido averiguar. Pero sobre todo poseían una cubertería maciza de varios pisos, que constaba de cuchillos, tenedores y cucharas suficientes para doce comensales. El matrimonio nunca recibía a doce comensales. Nunca daban cenas. Casi nunca utilizaban las toallas de invitados porque no tenían invitados. Habían acarreado aquella

parafernalia sin finalidad alguna durante treinta y dos años de matrimonio, y de pronto se vieron privados de ella. Sin saber por qué, y mientras estaba fregando las dos únicas tazas en el fregadero, Mrs. Ransome, de repente, empezó a cantar.

—Seguramente lo mejor es darlo todo por perdido y no pensar en recuperarlo —dijo Croucher—. Quizá les apetecía una casa bien amueblada de clase media y tomaron el camino más corto.

Estaba ya en la puerta.

—Le traeré un cheque lo antes posible. Luego podrán empezar a rehacer su vida. Parece que su mujer se lo toma con calma.

—Sí —dijo Mr. Ransome—, pero es porque disimula.

—¿Ninguna joya de valor ni nada parecido?

—No. Nunca le han interesado mucho esas cosas —dijo Mr. Ransome—. Por suerte se puso sus perlas para ir a la ópera.

—Esta noche llevaba un collar —dijo Croucher—. Bastante llamativo, a mi entender.

—¿Ah, sí? —dijo Mr. Ransome, que no se había fijado.

Cuando estaban cenando en la mesa de juego, preguntó a su mujer:

—¿Había visto yo ese collar?

—No. ¿Te gusta? Lo he comprado en el ultramarinos.

—¿El *ultramarinos?*

—La tienda india. Sólo me ha costado setenta y cinco peniques. No puedo llevar siempre las perlas.

—Parece salido de una rifa.

—Creo que me sienta bien. He comprado dos. El otro es verde.

—¿Qué estoy comiendo? —dijo él—. ¿Colinabo?

—Un boniato. ¿Te gusta?

—¿Dónde lo has comprado?

—En Marks and Spencer.

—Está muy rico.

Un par de semanas después del robo (ahora todo databa a partir de entonces), Mrs. Ransome estaba sentada en su *beanbag,* con las piernas extendidas delante de la estufa eléctrica, contemplando sus zapatos de salón ya bastante desgastados y sin saber qué hacer a continuación. Era lo mismo que con un fallecimiento, pensó: tanto que hacer al principio y después nada.

Sin embargo (y en consonancia con sus pensamientos en el fregadero), había empezado a considerar que el hecho de verse despojados tan bruscamente de sus pertenencias materiales quizá brindase beneficios que dudaría en llamar espirituales pero que, de un modo más productivo, cabía incluir bajo la rúbrica de «mejora del carácter». Que le hubieran quitado literalmente la moqueta de debajo de los pies debería, pensó, inspirarle pensamientos

saludables sobre el modo en que había vivido hasta entonces. Una guerra, por supuesto, le habría venido bien, alguna sucesión de acontecimientos que no le dejaran opción, y si bien lo acaecido no era una catástrofe tan grave, sabía que tenía que sacar de ella el mayor partido posible. Visitaría museos, decidió, galerías de arte; aprendería cosas de la historia de Londres; en la actualidad había todo tipo de cursos, cursos a los que podría haber asistido antes de que fueran despojados de todos sus bienes, salvo que todos sus bienes, pensó, eran los que le habían impedido hacerlo. Podría empezar ahora. De modo que, arrellanada en el *beanbag* sobre los suelos desnudos de su antiguo salón, descubrió que no era infeliz y se dijo que aquello era más real y que (aunque era necesario estar cómodo) tenían que vivir la vida de un modo espartano.

En aquel momento llamaron al timbre.

—Me llamo Briscoe —dijo la voz por el interfono—. Ayuda a la familia.

—Nosotros somos conservadores —dijo ella.

—No —dijo la voz—. La policía, ¿se acuerda? El trauma. El robo.

Al comprender que la enviaba la policía, Mrs. Ransome se esperaba una persona un poco más, en fin, enérgica. No había nada enérgico en Mrs. Briscoe, salvo quizá el apellido,[3] del que se desprendió en el umbral.

—No, no. Llámeme Dusty, como todo el mundo.

—¿Es su nombre de pila? —preguntó Mrs. Ransome, invitándola a entrar—. ¿O sólo la llaman así?

—Oh, no. Mi verdadero nombre es Brenda, pero no quiero desanimar a la gente.

Mrs. Ransome no supo muy bien en qué sentido, aunque era cierto que no tenía pinta de llamarse Brenda; no sabía tampoco si le pegaba Dusty, porque nunca había conocido a nadie con ese nombre.

Era una chica grandullona que, quizá juiciosamente, había optado por ponerse un blusón en lugar de un vestido, acompañado de una rebeca tan larga y holgada que era casi un vestido, con su diario y su libreta en un bolsillo y el otro colgando por el peso de un teléfono móvil. Considerando que trabajaba para la administración, pensó que Dusty tenía un aspecto más bien astroso.

—Entonces, ¿es usted Mrs. Ransome? ¿Rosemary Ransome?

—Sí.

—¿Y así la llama la gente: Rosemary?

—Pues sí.

(Si es que me llaman algo, pensó Mrs. Ransome).

—Me preguntaba si la llamarían Rose o Rosie.

—Oh, no.

—Su maridito la llama Rosemary, ¿no?

—Pues sí. Supongo que sí —dijo Mrs. Ransome, y prosiguió su tarea de poner la tetera en el fuego, lo que permitió a Dusty hacer su primera anotación: «Pregunta: ¿Será el robo el verdadero problema?»

Cuando Dusty empezó a prestar ayuda psicológica, las víctimas se denominaban «casos». Hacía mucho que esa palabra ya no se empleaba; ahora eran clientes o hasta usuarios, términos que a Dusty le parecían, al principio, despiadados y a los que se había resistido. Ahora no se paraba a pensar en ninguna de las dos designaciones: el cómo denominar a los clientes le parecía tan intrascendente como las desgracias que les acontecían. Las víctimas se individualizaban: ya fuese un robo, un atraco o un accidente de tráfico, aquellos contratiempos no eran más que los medios por los que ella accedía al conocimiento de personas inadaptadas. Y todo el mundo, si se le presentaba la ocasión, era un inadaptado en potencia. Pensaba que la experiencia la había convertido en una profesional.

Tomaron el té en el cuarto de estar y cada una se hundió en su *beanbag,* maniobra que Mrs. Ransome no ejecutaba con destreza, pero que en Dusty fue casi una acrobacia.

—¿Son nuevos? —preguntó, limpiándose unas gotas de té del blusón—. Ayer estuve con otra clienta, la hermana de una persona que está en coma, y tenía unos parecidos. Bueno, Rosemary, ahora quiero que hablemos largo y tendido.

Mrs. Ransome no estaba segura de si aquello significaba lo mismo que «hablar claro». Esta expresión parecía una variante más rigurosa y menos oblicua que la otra, y el hecho de que escogieran expresiones distintas no auguraba una charla fructífera. «Más estructurada», habría dicho Dusty si Mrs. Ransome se hubiese aventurado a suscitar la cuestión, pero no lo hizo.

Mrs. Ransome le describió las circunstancias del robo y la magnitud del botín, aunque esto causó menos impresión en Dusty de la que podría haberle producido, ya que el estado de precariedad en que vivía el matrimonio —los *beanbags*, la mesa de juego, etc.— le parecía no tanto una privación como un estilo de vida.

Aunque allí había más orden, tenía el estilo minimalista por el que ella misma había optado en su casa.

—¿Es muy distinto el apartamento de como era antes? —preguntó.

—Oh, teníamos muchísimas más cosas —dijo Mrs. Ransome—. Teníamos de todo. Era una casa normal.

—Sé que se duele —dijo Dusty.

—¿Que me qué? —preguntó Mrs. Ransome.

—Que se duele.

Mrs. Ransome lo pensó; su estoicismo era una simple cuestión de gramática.

—Ah, ¿quiere decir que estoy dolida? Pues sí y no. Supongo que me estoy acostumbrando.

—No se acostumbre demasiado pronto —dijo Dusty—. Concédase tiempo para apenarse. Lloró cuando ocurrió, espero.

—Al principio. Pero se me pasó enseguida.

—¿Y Maurice?

—¿Maurice?

—Mr. Ransome.

—Oh..., no, no. No, creo que no lloró. Bueno —dijo, y fue como si le confesara un secreto—, él es un hombre, ya sabe.

—No, Rosemary. Es una persona. Es una pena que se reprimiera. Todos los expertos concuerdan más o menos en que si uno no se aflige, si se lo guarda todo dentro, es muy probable que en el futuro desarrolle un cáncer.

—Oh, Dios mío —dijo Mrs. Ransome.

—Naturalmente, a los hombres les cuesta más llorar que a las mujeres —dijo Dusty—. ¿Serviría de algo que hablase con él?

—¿Con mi marido? No, no —se apresuró a decir Mrs. Ransome— No lo creo. Es muy... tímido.

—Creo que al menos puedo ayudarla a usted... —dijo Dusty—, o que podemos ayudarnos mutuamente.

Se inclinó para alcanzar la mano de la otra, pero como no llegaba acarició en su lugar el *beanbag*.

—Dicen que te sientes violada —dijo Mrs. Ransome.

—Sí. Déjese llevar, Rosemary. Que vaya saliendo.

—Pero yo no me siento especialmente violada. Sólo desconcertada.

«La cliente lo niega», escribió Dusty en su libreta cuando Mrs. Ransome se llevó las tazas. Añadió un signo de interrogación.

Cuando ya se iba, Dusty sugirió a Mrs. Ransome que viese toda la experiencia como una curva de aprendizaje, y que la dirección que ésta quizá siguiera (por lo visto había varias) era considerar la pérdida de sus posesiones como una especie de liberación: «el síndrome de los lirios del campo», lo denominó Dusty. «No acumules tesoros terrenales.» Aunque esta idea ya se le había ocurrido a Mrs. Ransome, no la captó de inmediato, pues Dusty se había referido a sus pertenencias llamándolas «sus avíos», palabra que, de significar algo para ella, designaba el contenido de su bolso, la barra de labios, la polvera, etc., nada de lo cual, de hecho, había perdido. No obstante, pensando en ello más tarde, reconoció que

empaquetarlo todo, las alfombras, las cortinas, los muebles y los accesorios, dentro del término «avíos» lo hacía más manejable. Pero no era una de las palabras que se arriesgaría a emplear con su marido.

A decir verdad (y a pesar de que no se lo dijo a Mrs. Ransome), Dusty daba estos consejos sin convicción. Cuantos más síndromes de lirios del campo veía, menos creía en ellos. Tenía un par de clientes que le habían dicho que un robo doloroso les había instruido sobre el modo de vivir, y que en adelante no estarían tan apegados a los bienes materiales, que viajarían con poco equipaje, etc. Seis meses más tarde les hizo una visita de seguimiento y les encontró más cargados de posesiones que nunca. Dusty había concluido que la gente podía renunciar a cosas; lo que no podía era dejar de comprarlas.

Mrs. Ransome había sido sincera cuando le dijo que no echaba especialmente de menos sus pertenencias. Lo que sí echaba en falta —y lo que era más difícil expresar en palabras— no eran tanto las cosas mismas como la utilidad que ella les confería. Era el caso, por ejemplo, del gorro verde con borla que nunca usaba, pero que siempre colocaba en la mesa del recibidor para acordarse de que había encendido el calentador en el cuarto de baño. Ya no tenía el gorro con borla ni la mesa donde lo dejaba (y había que considerar providencial que todavía conservase el calentador). Pero sin el gorro se había dejado el calentador encendido dos noches enteras, y en una de ellas su marido se había escaldado la mano.

Él también había tenido que renunciar a algunos ritos suyos. Por ejemplo, había perdido las tijeritas curvas con las que se cortaba el vello de las orejas; y eso no era más que el comienzo. Aunque no era particularmente presumido, tenía un bigotito que, si lo descuidaba, mostraba una desagradable tendencia a adquirir un color rojizo, tonalidad que mantenía a raya con un toque ocasional de tintura capilar. La sacaba de un antiguo frasco que su mujer había probado años atrás y desechado al instante, pero que todavía estaba guardado al fondo del armario del cuarto de baño. Mr. Ransome, que antes de aplicarse el tinte en la parte afectada se encerraba en el cuarto de baño, jamás admitió que lo hacía, mientras que su esposa, por su parte, tampoco admitió nunca que ella lo sabía. Sólo que, como el armario del cuarto de baño había desaparecido y con él el frasco, llegó el momento en que el bigote de Mr. Ransome empezó a adquirir el delatador tono anaranjado que tanto detestaba. Una solución era pedir a su mujer que le comprara otro frasco, pero tal cosa equivaldría a confesar los años de cosmética clandestina. Otra solución consistía en comprarlo él mismo. Pero ¿dónde? Su barbero era polaco y su inglés no

sobrepasaba los conceptos de «corto detrás y en los lados». Un farmacéutico comprensivo, quizá, pero todos los que Mr. Ransome conocía eran cualquier cosa menos comprensivos y tenían como dependientas a golfillas aburridas de dieciocho años nada proclives a compadecerse de un abogado de mediana edad y de la rubicundez que le acechaba.

Al comprobar sus fatídicos avances en la polvera de su mujer, el único espejo, guardado en el cuarto de baño, que había ahora en la casa, Mr. Ransome maldijo a los ladrones que le habían infligido una humillación semejante; acostada en su catre de acampada, Mrs. Ransome reflexionaba que los pequeños engaños conyugales no eran lo único que habían perdido en el robo.

A Mr. Ransome le habían informado de que si bien la compañía de seguros no le pagaría el alquiler temporal de un CD (que no se consideraba algo esencial), le sufragaría el de un televisor. Así que una mañana Mrs. Ransome salió a escoger el modelo más discreto que pudo encontrar, y se lo entregaron e instalaron aquella misma tarde. Nunca había visto la televisión durante el día, pues pensaba que tenía otras cosas que hacer. Sin embargo, cuando el técnico se marchó, dejó el televisor encendido en un programa de entrevistas en el que una mujer negra con un traje pantalón interrogaba a una gorda pareja norteamericana sobre el modo en que —tal como dijo— «se relacionaban sexualmente».

Repantingado en su asiento, con las piernas totalmente separadas, el hombre describía con tanto detalle como la entrevistadora le permitía lo que él, en sus propias palabras, «pedía del matrimonio», mientras que la mujer, con los brazos cruzados y las rodillas juntas, pero demasiado rolliza para ser recatada, explicaba que «sin querer criticarle, no es que sea puntilloso a la hora de usar desodorante».

—Empapaos de esta comunicación corporal —dijo la mujer negra, y el público prorrumpió en burlas y risas, desconcertando a Mrs. Ransome, que no sabía lo que era «comunicación corporal».

«Las cosas que la gente hace por dinero», pensó, y apagó el televisor.

La tarde siguiente, al despertar de una siesta en el *beanbag,* lo encendió de nuevo y se encontró viendo un programa parecido, con otra pareja igualmente impúdica y el mismo público gritón y jocoso; entre los espectadores deambulaba con un micrófono una presentadora distinta, esta vez blanca pero tan imperturbable como la primera y tan indiferente a los malos modales de la audiencia que hasta la jaleaba para que los adoptara, según le pareció a Mrs. Ransome.

Las presentadoras (pues Mrs. Ransome empezó a ver el

programa asiduamente) estaban todas cortadas por el mismo patrón y eran grandotas, osadas, y, a juicio de Mrs. Ransome, mostraban un excesivo desparpajo (pensó que era eso lo que significaba la palabra «marchoso», y la habría mirado en el diccionario de su marido). Todas tenían nombres de género ambiguo: Robin, Bobby, Troy, y otros como Tiffany, Page y Kirby, que para ella no eran ni siquiera nombres.

Las presentadoras y el público empleaban un lenguaje que a ella, de entrada, le costaba entender, pues hablaban de «paternidad» e «interacción personal», de «afinar la vida sexual» y de «apurar hasta la última gota». Era un lenguaje hecho de confesiones y de exuberantes declaraciones de afecto. «Te escucho», decían, dándose manotazos, «sé a qué te refieres.»

Intervenía una tal Felicia, que quería una larga y amorosa interacción sexual, y Dwight, su marido, que sólo poseía manos ávidas y ninguna pericia marital. Había un consenso general en que los dos necesitaban hablar, y finalmente habían elegido hacerlo en presencia de aquella turba aullante, hambrienta de sensaciones, y se abalanzaron famélicos el uno sobre el otro, mientras desfilaban los rótulos, con la boca pegada a la del cónyuge mientras el público bramaba su aprobación y la presentadora observaba la escena con una sonrisa ahora más triste y más sensata. «Gracias a todos», decía, y la pareja volvía a besarse.

A lo que Mrs. Ransome no podía habituarse era a lo impertérritos que se mostraban los participantes, lo desinhibidos que eran, y al hecho de que no hubiese ninguno que fuese tímido. Ni siquiera cuando hubo un programa sobre la timidez los asistentes eran tímidos en el sentido en que ella lo entendía; no había nadie que se contuviera y abundaban los contertulios totalmente desinhibidos, no veían el momento de empezar a alardear de su propia paralizante inseguridad y de las absurdidades a las que les habían conducido su inseguridad y su retraimiento abrumadores. Por muy privadas o íntimas que fueran las cuestiones abordadas, ninguno de aquellos energúmenos denotaba la más mínima vergüenza. Por el contrario, parecían rivalizar en el empeño de confesar conductas cada vez más ingeniosamente soeces e indecorosas; una revelación escandalosa superaba a la anterior y el público las acogía con jolgorio y aullidos frenéticos, lanzaba consejos a los entrevistados y les alentaba a contar nuevas depravaciones.

Cierto es que en raras ocasiones alguien del público daba rienda suelta no a la jocosidad sino a la indignación, y hasta parecía por un momento que estaba sinceramente escandalizado por alguna confesión desaforada; pero era sólo porque la presentadora,

mirando al público subrepticiamente desde detrás del que estaba hablando, había puesto una cara sardónica que incitaba a expresar ofensa. Mrs. Ransome pensó que era cómplice y que era la peor de todos, pues se desvivía por recordar a los entrevistados actos aún más indecentes e imaginativos que le habían revelado previamente en la presunta intimidad del camerino. Cuando les refrescaba la memoria, ellos ejecutaban una compleja pantomima de vergüenza (escondían la cabeza, se tapaban la cara con las manos, se estremecían de risa aparentemente incontenible), y todo ello para indicar que nunca se habían imaginado que sus secretos salieran a la luz pública, y mucho menos delante de una cámara.

Aun así, Mrs. Ransome consideraba que todos eran mejores que la presentadora, pues de lo que ninguna de aquellas vociferantes y jocosas criaturas (a menudo muy obesas) parecía dudar era de que, según el listón de aquellos programas, todas las personas eran iguales. No había vergüenza ni reserva algunas, y fingir otra cosa equivalía a ser un estirado y un hipócrita. Mrs. Ransome pensó que sin duda ella misma era lo primero y su marido posiblemente lo segundo.

El contenido del piso estaba asegurado en cincuenta mil libras. La cifra original había sido muy inferior, pero cómo era abogado y además un hombre meticuloso, Mr. Ransome se había ocupado de que la póliza se adecuase al coste de la vida. En consecuencia, aquella modesta acumulación de bienes domésticos, muebles, equipamiento y accesorios habían ido aumentando de valor poco a poco a lo largo de los años; el estéreo y los mezcladores de sonido, la cubertería y las ensaladeras, las fundas de bandeja y los mantelitos y todo el aparato de esa vida para la que los Ransome estaban preparados pero que nunca habían conseguido llevar, habían ido siguiendo cómodamente el ritmo de la inflación. Posesiones duraderas, sobrias, recatadas, adquiridas sin intención de ornato, apenas afectadas por roturas o pérdidas, debidamente desempolvadas y lustradas en el curso de los años, de tal forma que casi no habían sido erosionadas por el uso, todo aquello había perdurado sin tropiezos hasta la noche terrible en que la columna había sufrido una emboscada y aquella pequeña fraternidad ordinaria y nada pretenciosa se había disuelto y lo que Mrs. Ransome llamaba modestamente «nuestras cosas» se había desvanecido para siempre.

A esta conclusión llegó, por lo menos, la compañía de seguros, y en su momento envió un cheque por el importe del valor total, más un incremento vista la ausencia de siniestros anteriores, y que cubría los conceptos de trastorno y compensación por la angustia del robo.

—El extra es por el trauma —dijo Mrs. Ransome, mirando el cheque.

—Yo prefiero llamarlo molestias —dijo su marido—. Nos han robado, no nos ha atropellado un autobús. De todos modos, nos vendrá muy bien.

Ya estaba elaborando un plan para agenciarse un sistema estéreo mejorado, amén de un lector de CD con ecualización avanzada y un sonido digital de alta definición y una suprema modulación del tono, todo ello alimentado por un par de majestuosos altavoces nuevos, de caoba trabajada a mano. Mozart sonaría como jamás lo había hecho.

Mrs. Ransome estaba sentada a sus anchas en una mecedora barata de mimbre que había encontrado unas semanas antes en una mueblería de Edgware Road. Era una tienda a la que nunca se le hubiera ocurrido entrar antes del robo, con tresillos chillones, cuadros de payasos y, a ambos lados de la puerta, dos leopardos de porcelana de tamaño natural. En otro tiempo ella habría pensado en ir a un comercio corriente, y en parte lo pensaba todavía, pero Mr. Anwar le había recomendado aquél y, efectivamente, la mecedora que había comprado allí era comodísima y, a diferencia de la butaca en la que solía sentarse antes del robo, buena para su espalda. Ahora que había llegado el cheque del seguro tenía el proyecto de comprar otra a juego para Mr. Ransome, pero en el ínterin había adquirido una alfombra para poner debajo de la mecedora cuyo dibujo de un elefante brillaba bajo la luz de una lámpara de mesa de latón comprada en la misma tienda. Sentada con lo que Mr. Anwar le había dicho que era una alfombrilla de oraciones afgana alrededor de los hombros, en medio del cuarto de estar desnudo se sentía como si estuviese en una islita acogedora y algo exótica.

Por el momento, la isla de Mr. Ransome no era tan confortable: una simple silla al lado de la mesa de juego en la que su mujer había depositado la única carta que constituía el correo del día. Mr. Ransome cogió el sobre. Olió a curry y dijo:

—¿Qué hay de cena?

—Curry.

Mr. Ransome le dio la vuelta al sobre. Parecía una factura.

—¿Qué tipo de curry?

—De cordero —dijo ella—. Con albaricoques. He estado dudando —dijo—. ¿El blanco sería demasiado atrevido?

—¿Blanco el qué? —dijo él poniendo la carta bajo la luz.

—Pues... —dijo ella, titubeando—. Todo blanco, en realidad.

Él no contestó. Estaba leyendo la carta.

—No te entusiasmes demasiado —dijo él, cuando se dirigían en

coche hacia Aylesbury— Podría ser otra bromita. Alguien que se divierte a nuestras espaldas.

La verdad es que estaban apagados, y también el campo estaba apagado; apenas habían hablado desde que habían salido, en el regazo de ella descansaba la carta en la que él había escrito instrucciones a lápiz.

«A la izquierda en la rotonda», pensó Mr. Ransome.

—En la rotonda, a la izquierda —dijo su mujer.

Él había telefoneado aquella mañana a la empresa de transportes, y le había respondido una chica. La empresa se llamaba «Mudanzas Rápidas & Eficientes & Guardamuebles», y a Ransome había pensado que aquellas & auguraban problemas; no se vio decepcionado.

—Aquí Mudanzas Rápidas & Eficientes & Guardamuebles. Le habla Christine Thoseby. ¿En qué puedo ayudarle?

Mr. Ransome preguntó por Mr. Ralston, que firmaba la carta.

—En este momento Mr. Ralston está en Cardiff. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Cuándo volverá?

—La semana que viene. Está inspeccionando nuestros almacenes. ¿En qué puedo ayudarle?

No obstante sus reiteradas promesas de ayuda, Christine tenía el ejercitado desinterés de quien se está perpetuamente pintando las uñas, y cuando Mr. Ransome le explicó que el día anterior había recibido una factura por un importe de 344,36 libras en concepto de custodia de determinados enseres domésticos que eran propiedad del matrimonio Ransome, lo único que dijo la chica fue: «¿Y?» Él empezó a explicar las circunstancias del caso, pero Christine sólo cobró vida al oír la insinuación de que los muebles en cuestión podrían haber sido robados.

—¿Puedo interrumpirle? Creo que eso es muy improbable, con toda franqueza. Verá, Mudanzas Rápidas & Eficientes & Guardamuebles se fundó en 1977.

Ransome probó otra táctica.

—¿Sabría decirme, por casualidad, si entre todos esos artículos de hogar hay un antiguo equipo estéreo?

—No sabría decirle, me temo. Pero si usted tiene artículos en nuestros guardamuebles deben figurar en la C47, de la que tiene que tener una copia. Es un papel amarillo.

Él empezó a explicarle por qué no tenía una copia, pero ella le cortó en seco.

—¿Cómo lo voy a saber, si estoy en Newport Pagnell? Esto es la oficina. El guardamuebles está en Aylesbury. Hoy en día la oficina puede estar en cualquier sitio. Hay ordenadores. En realidad, la

persona que puede atenderle en Aylesbury es Martin, pero casualmente sé que hoy está trabajando todo el día fuera.

—Me gustaría saber si tendría que desplazarme a Aylesbury sólo para ver lo que hay allí —dijo él.

A Christine no le entusiasmó nada la idea.

—No puedo impedírselo —dijo—, pero en los locales no admiten visitas. No son perreras —añadió, por alguna razón inexplicable.

Como su marido le había dicho que el guardamuebles estaba en un parque industrial, Mrs. Ransome, que no estaba familiarizada con el término, se imaginó que estaba situado en un entorno gratamente bucólico, en un parque que era de verdad un parque, circundando una mansión más o menos señorial pero juiciosamente provista de un confort moderno; era posible que la finca dispusiera de talleres; las oficinas estarían discretamente ubicadas entre árboles. En el corazón de aquel centro empresarial se imaginaba una casa de campo donde mujeres altas con carpetas deambulaban por terrazas y mecanógrafas trabajaban en salones dorados, debajo de techos pintados, una visión que, pensando, habría descubierto que procedía de aquellas películas de guerra en que castillos franceses ocupados por el alto mando alemán hervían de nueva vida en vísperas del día D.

Suerte que no transmitió estas expectativas románticas a su marido, quien, abogado de varias empresas y familiarizado, por tanto, con la realidad, las habría desmentido de plano.

Mrs. Ransome no empezó a reconsiderar sus expectativas hasta que vio que recorrían una carretera de circunvalación desolada y sin árboles, flanqueada de pequeñas fábricas y rodeada de hormigón y hierbajos.

—No parece muy campestre —dijo.

—¿Por qué debería serlo? —dijo Mr. Ransome, a punto de franquear unas verjas de metal nada palladianas.

—Aquí es —dijo ella, mirando la carta.

Las verjas estaban insertadas en una alambrada de dos metros de alto coronada por una parrilla oblicua de púas, lo que hacía que el lugar pareciese más una cárcel que un parque. Clavado en un fortín vacío había un diagrama de metal que indicaba la ubicación de las diversas empresas con sede en el polígono. Mr. Ransome se apeó para buscar la unidad 14.

«Usted está aquí», decía una flecha, pero alguien había intercalado en la punta de la flecha el tosco dibujo de un par de nalgas.

La unidad 14 parecía hallarse a unos cientos de metros dentro del perímetro, justo donde habría estado el ombligo si las nalgas hubiesen sido dibujadas a escala. Mr. Ransome volvió al coche y se

internó despacio en la oscuridad creciente hasta que llegó a un edificio ancho y bajo, semejante a un hangar, con doble puerta corredera, pintado de rojo y desprovisto de toda identificación salvo un aviso de que había perros guardianes sueltos. No había ningún otro coche ni trazas de haber un alma en las inmediaciones.

Mr. Ransome empujó la puerta corredera, sin esperar que estuviese abierta. No lo estaba.

—Está cerrada —dijo su mujer.

—No me digas —se dijo para su coleto, y dio la vuelta al edificio, seguido más despacio por Mrs. Ransome, que avanzaba con paso inseguro sobre los escombros, la chatarra y la maleza. Mr. Ransome notó que el zapato le resbalaba sobre algo.

—Cuidado con la caca de perro —dijo su mujer—. Hay por todas partes.

Unos escalones bajaban hasta la puerta de un sótano. Mr. Ransome también trató de abrirla. Estaba cerrada; probablemente era un cuarto de calderas.

—Parece un cuarto de calderas —dijo ella.

Él rascó la suela contra el escalón.

—Es como si les hubieran enseñado a dar un escarmiento —dijo ella.

—¿A quién? —dijo Mr. Ransome, frotando el zapato contra la hierba fina.

—A los perros.

Casi habían completado el recorrido del hangar cuando llegaron a un ventanuco de cristal esmerilado donde había una luz tenue. La parte superior estaba abierta un par de centímetros y era obvio que daba a un retrete, y a través del cristal Mrs. Ransome alcanzó a vislumbrar, posado en el alféizar de la ventana, la forma borrosa de un rollo de papel higiénico. Sin duda era una coincidencia que fuese de color azul, y además de un azul de nomeolvides, el tono que ella prefería para los rollos de su cuarto de baño y que no siempre era fácil de encontrar. Pegó la cara a la ventana para verlo mejor y entonces vio otra cosa.

—Mira, querido —dijo. Mr. Ransome no miraba. Estaba escuchando.

—Calla —dijo. Oía a Mozart.

Y por la rendija de la ventana del retrete salía flotando la sonoridad plena, oscura, suntuosa y absolutamente inconfundible de la gran Kiri Te Kanawa.

«Per pietá, ben mío», estaba cantando, *«perdona all'error d'un amante.»*

Y el sonido flotaba en el húmedo atardecer y se elevaba sobre Mudanzas Rápidas & Eficientes & Guardamuebles, de la unidad 14,

y sobre los Adhesivos Croda de la Unidad 16 y los Aplicadores Lansyl Selant, S.A., de la 20 (las unidades 17-19 no estaban ocupadas en aquel momento).

«O Dio», cantaba Kiri. *«O Dio.»*

Y se oía en la carretera de circunvalación y le oían los arbolillos envueltos en celofán y raquíticos que habían plantado allí y el sucio reguero de un arroyo que discurría por un cauce de hormigón hasta el campo aterronado donde un caballo desmedrado contemplaba dos toneles y un poste.

Impulsado por el sonido de la cantante de las antípodas, Mr. Ransome trepó por la tubería y se arrodilló trabajosamente en el alféizar de la ventana. Aferrado a la tubería con una mano, con la otra bajó el cristal unos centímetros e introdujo la cabeza todo lo que pudo, operación en la que por poco resbala del alféizar.

—Cuidado —dijo su mujer.

Él empezó a gritar:

—¡Hola! ¿Hola?

Mozart enmudeció mientras a lo lejos pasó un autobús.

En el silencio, Mr. Ransome volvió a gritar, esta vez casi con júbilo. «¡Hola!»

En un instante la confusión fue total. Unos perros rompieron a ladrar, resonó una sirena y los Ransome se vieron atrapados y deslumbrados por media docena de focos de seguridad que convergían opresivamente sobre sus formas encogidas. Petrificado, Mr. Ransome se aferró desesperadamente a la ventana del retrete mientras su mujer se apretaba todo lo posible contra la pared, deslizando una mano (discretamente, confió) hacia el alféizar para buscar consuelo en la rodilla de su marido.

El alboroto cesó tan rápidamente como había empezado; los focos se apagaron, la sirena calló y el ladrido de los perros desembocó en gruñidos aislados. Temblando en el alféizar, Mr. Ransome oyó que empujaban una puerta y que unos pasos recorrían sin prisa el patio delantero.

—Discúlpennos —dijo una voz masculina—. Son sólo medidas para detectar y disuadir a ladrones.

Mrs. Ransome miró a la oscuridad pero no vio nada, medio cegada todavía por los focos. Mr. Ransome descendió por la tubería, se colocó junto a su mujer y le cogió la mano.

—Por aquí, señoras y señores. Vengan.

Los Ransome cruzaron a trompicones el último trecho de hierba y llegaron a la zona de cemento, donde se perfilaba contra la puerta abierta la silueta de un hombre joven.

Aturdidos, le siguieron al interior del hangar, y a la luz artificial formaban una triste pareja. Ella cojeaba, porque se le había roto el

tacón de un zapato, y tenía carreras en las dos medias. Mr. Ransome se había rasgado la rodillera del pantalón, tenía mierda en las suelas de los zapatos y en la frente una mancha larga y negra de haber apoyado la cara en la ventana.

El joven sonrió y extendió la mano.

—Maurice, Rosemary, hola. Soy Martin.

Tenía una cara franca y agradable, y a pesar de la barbita, que según Mrs. Ransome daba a todos los hombres aire de envenenadores, para ser un almacenero no carecía de cierta distinción. Cierto que iba con una de esas gorras que antaño habían sido el sombrero típico de los golfistas norteamericanos, pero que ahora parecían de uso general, y una pequeña coleta atada con una goma, y que, como todo el mundo en estos tiempos, llevaba la camisa por fuera de los pantalones; con todo, lo que a los ojos de Mrs. Ransome le daba cierta prestancia era el cárdigan granate. No era muy distinto del que había elegido para su marido en unas rebajas del año anterior. Anudado flojo en el cuello, el joven llevaba un fular amarillo de seda con cabezas de caballo estampadas. Ella también le había comprado uno igual a Mr. Ransome, pero él sólo se lo había puesto una vez, tras haber decidido que le daba un aire canallesco. Aquel muchacho no lo tenía; al contrario, le quedaba muy elegante, y pensó que si alguna vez recuperaban sus pertenencias sacaría el fular del ropero y obligaría a su marido a hacer otro intento.

—Síganme —dijo el joven, y les condujo a lo largo de un frío pasillo sin alfombrar.

—Me alegro mucho de conocerles por fin —dijo por encima del hombro—. Aunque en vista de las circunstancias es como si ya les conociera.

—¿Qué circunstancias? —dijo Mr. Ransome.

—Si son tan amables de esperar un momento... —dijo Martin.

Los Ransome permanecieron en la oscuridad mientras el joven manipulaba una cerradura.

—Adelante —dijo, y se rió.

Sucios, cansados y pestañeando ante la luz, los Ransome franquearon la puerta y entraron en su propio piso.

Estaba tal como lo habían dejado la noche en que fueron a la ópera. Allí estaba su moqueta, su sofá, sus sillas de respaldo alto, la mesa de café chapada de nogal, con bordes labrados y patas cabriolé, y sobre ella el último número del *Gramophone*. Allí estaba el bordado de Mrs. Ransome, en el extremo del sofá donde lo había dejado para ir a cambiarse a las seis menos cuarto de aquella tarde que nunca olvidarían. Allí, en la mesa nido, estaba el vaso ligeramente pegajoso (Mrs. Ransome pasó el dedo por el borde) del

que Mr. Ransome había dado un sorbo de algo para entonarse antes del primer acto de *Cosí*.

En la repisa de la chimenea, el reloj de mesa que le regalaron a Mr. Ransome para celebrar sus veinticinco años en el bufete de Selvey, Ransome, Steele y Compañía marcaba las seis, aunque Mrs. Ransome no sabía con certeza si eran las seis de entonces o las seis de aquel momento. Las luces estaban encendidas, tal como las habían dejado.

«Un gasto de electricidad, ya lo sé», solía decir Mr. Ransome, «pero sirve para espantar a posibles ladrones», y en la mesa del recibidor estaba el diario vespertino que él dejaba allí para su mujer, quien normalmente lo leía con el café de la mañana siguiente.

Aparte de un plato de cartón con un curry frío, a medio comer, que Martin empujó suavemente con el pie debajo del sofá, musitando «Perdonen», cada cosa estaba exactamente donde debía estar; era como si estuviesen en su piso de Naseby Mansions, en St. John's Wood, y no en el hangar de un polígono industrial en las afueras de ninguna parte.

La aprensión con que Mrs. Ransome había salido de casa aquella tarde se había desvanecido; ahora sólo quedaba la alegría con que recorría la habitación, cogiendo de cuando en cuando algún objeto querido con una sonrisa y un «¡Oh!» de reconocimiento, y a veces levantándolo para que su marido lo viera. Él, por su parte, estaba casi conmovido, sobre todo al localizar su viejo lector de CD, su fiel lector de CD, como se sintió inclinado a considerarlo ahora, un venerable chisme que ya no estaba del todo a la altura pero conservaba la dignidad de siempre; sí, era grato volver a verlo, y saludó a Ransome con un breve toque de *Cosí*.

Martin, que observaba el reencuentro con una sonrisa casi de orgullo, dijo:

—¿Todo en orden? He procurado dejarlo todo como estaba.

—Oh, sí —dijo Mrs. Ransome—. Todo perfecto.

—Increíble —dijo su marido.

Ella pareció recordar algo.

—Había puesto una fuente en el horno.

—Sí —dijo Martin—. Lo comí con mucho gusto.

—¿No estaba reseco?

—Sólo un pelín —dijo Martin, siguiéndoles al dormitorio—. Quizá habría sido mejor con el horno a ciento setenta grados.

Ella asintió y vio en el tocador el pedazo de papel de cocina (recordó que se habían quedado sin kleenex) con que se había limpiado la pintura de labios tres meses antes.

—La cocina —dijo Martin, como si ellos no conocieran el

camino, aunque estaba exactamente donde tenía que estar, salvo por la fuente de horno, ahora vacía, que estaba fregada en el escurridor.

—No sabía dónde hay que ponerla —se disculpó Martin.

—Da igual —dijo ella—. La guardo aquí.

Abrió el aparador junto al fregadero y guardó la fuente.

—Eso pensé yo —dijo Martin—, pero no quise arriesgarme.

Se rió, y también lo hizo ella.

Mr. Ransome frunció el ceño. El joven era muy educado, aunque confianzudo, pero todo aquello parecía demasiado relajado. Al fin y al cabo se había cometido un delito, y no menor; se trataba de bienes robados: ¿qué hacían allí?

Pensó que había llegado el momento de afrontar la situación.

—¿Un té? —ofreció Martin.

—No, gracias —dijo Mr. Ransome.

—Sí, por favor —dijo su mujer.

—Entonces tenemos que hablar —dijo Martin.

Mrs. Ransome nunca había oído emplear esta frase en la vida real, por así decirlo, y miró al joven como si acabara de reconocerle: sabía a qué se refería. También lo sabía Mr. Ransome.

—Sí, en efecto —dijo resueltamente sentándose a la mesa de la cocina y con la intención de ir al grano preguntando a aquel joven tan autocomplaciente qué significaba todo aquel embrollo.

—Quizá —dijo Martin, tendiendo el té a Mrs. Ransome—, quizá les gustaría explicarme qué significa todo esto. Lo digo con todo respeto, como suele decirse.

Aquello fue demasiado para Mr. Ransome.

—Quizá —explotó—, y con todo respeto, le gustaría decirme a mí por qué lleva puesto mi cárdigan.

—No te lo ponías casi nunca —dijo su mujer, plácidamente—. El té está buenísimo.

—Eso no viene a cuento, Rosemary —dijo Mr. Ransome. Rara vez empleaba el nombre de pila de su mujer, excepto como arma contundente—. Y ese fular es mío.

—No te lo ponías nunca. Dijiste que con él tenías pinta de canalla.

—Por eso me gusta —dijo Martin, contento—. Por el toque canallesco. Pero todo lo bueno se acaba, como suele decirse.

Y, con parsimonia (y sin la menor contrición, a juicio de Mr. Ransome), se quitó el cárdigan, se desató el fular y puso ambas prendas encima de la mesa.

Despojada de aquellos estorbos protectores, la camiseta de Martin, cuyo mensaje hasta entonces sólo se insinuaba, proclamó ahora intrépidamente: «¿Se te pone dura? ¡Ponte una armadura!», y

entre paréntesis: «El dibujo, detrás». Mientras Mr. Ransome se inclinaba hacia delante en la silla para que su mujer no viera la ofensiva leyenda, ella se echaba un poco hacia atrás.

—En realidad —dijo Martin—, nos hemos puesto un par de cosas suyas. Empecé con su abrigo marrón, que al principio me probé para gastar una broma.

—¿Una broma? —inquirió Mr. Ransome, a quien nunca se le había ocurrido pensar en la cualidad humorística de aquella prenda.

—Sí. Sólo que me he encariñado con él. Es estupendo.

—Pero le quedará grande —dijo Mrs. Ransome.

—Lo sé. Por eso es estupendo. Y tiene montones de fulares. Cleo piensa que tiene usted muy buen gusto.

—¿Cleo? —preguntó ella.

—Mi compañera.

Martin se encogió de hombros al ver los ojos desorbitados de cólera en la cara de Mr. Ransome.

—A fin de cuentas, fue usted el que nos dio luz verde.

Entró en el cuarto de estar y volvió con una carpeta que depositó encima de la mesa de la cocina.

—Dígame solamente por qué están aquí nuestras cosas —dijo Mr. Ransome con una calma tremenda.

Y Martin se lo explicó, aunque en realidad no fue una explicación, y cuando terminó no habían adelantado mucho.

Había ido a trabajar una mañana, hacía unos tres meses («El 15 de febrero», apuntó servicialmente Mrs. Ransome), y al abrir las puertas encontró el apartamento de los Ransome dispuesto tal como estaba en Naseby Mansions y tal como lo veían ahora: la moqueta extendida, las luces encendidas, el piso caldeado, con olor a comida en la cocina.

—O sea —dijo Martin alegremente—: *el hogar*.

—Pero, sin duda —dijo Mr. Ransome—, debió de comprender que esto era, como mínimo, infrecuente.

—Muy infrecuente —aseguró Martin. Normalmente, añadió, el mobiliario doméstico se embalaba, se metía en cajas y se precintaba, y el container permanecía estacionado en el aparcamiento de atrás hasta que hiciera falta—. Guardamos muchos muebles, pero pueden pasar seis meses sin que yo vea una sola butaca.

—Pero ¿por qué los descargaron aquí? —preguntó Mrs. Ransome.

—¿Descargar, dice, llama descargar a esto? —dijo Martin—. Es precioso, es un poema.

—¿Por qué? —dijo Ransome.

—Bueno, cuando llegué aquella mañana había un sobre en la

mesa del recibidor...

—Es donde suelo dejar las cartas —dijo Mrs. Ransome.

—... un sobre —continuó Martin— que contenía tres mil libras en efectivo para cubrir gastos de guardamuebles durante dos meses, muy por encima de nuestra tarifa habitual, se lo aseguro. Y —añadió, sacando una hoja de una carpeta— también había esto.

Era una hoja arrancada del *Almanaque de cocina* de Delia Smith con una receta del estofado que Mrs. Ransome había guisado la tarde en que lo dejó en el horno. En el reverso se leía: «Déjelo tal cual está», y entre paréntesis, «pero úselo como le plazca.» Esto último estaba subrayado.

—Así que por lo que respecta al abrigo y los fulares, etcétera, pensé —Martin buscó la palabra exacta—, pensé que era mi imprimátur.

(Había pasado una breve temporada en la Universidad de Warwick.)

—Pero cualquiera habría podido escribir eso —dijo Ransome.

—¿Y dejar tres mil libras en efectivo? —dijo Martin—. Ni hablar. Pero lo comprobé. Newport Pagnell no sabía nada. Ni Cardiff. Ni Leeds. Hice que buscaran en el ordenador y no sacaron nada en limpio. Así que pensé: «Bueno, Martin, aquí lo tienes. Como de momento está pagado, ¿por qué no lo aprovechas?» Y eso hice. En fin, habría preferido que la selección de compacts fuese un poco más ecléctica. ¿Me equivoco o es usted un amante de Mozart?

—Sigo pensando —dijo Mr. Ransome, tanteando— que quizá debería haber hecho más comprobaciones antes de usar a su antojo nuestras pertenencias.

—No es habitual, lo reconozco —dijo Martin—, pero ¿por qué? ¿Había algo que... oliera a chamusquina?

Mr. Ransome captó (con irritación) aquellas notas intermitentes de interrogación inoportuna con que Martin (y los jóvenes en general) parecía terminar muchas de sus frases. Lo había advertido en el chico del bufete sin caer en la cuenta de que la costumbre se había impuesto hasta en el mismo Aylesbury («¿Y adónde va ahora, Foster?» Y éste respondía: «¿A almorzar?») Parecía un modo de hablar insolente, aunque era difícil decir por qué, e invariablemente ponía a Ransome de mal humor (y Foster no era una excepción al respecto).

Martin, por su parte, no parecía advertir la irritación que causaba, y su serenidad era tan impasible que Mr. Ransome la atribuyó a las drogas. El joven estaba sentado tan tranquilo a la mesa de la cocina y charlaba desenfadadamente con Rosemary, como él la llamaba, mientras Mr. Ransome recorría el piso en busca de pruebas de daños o deterioros, o hasta de un desgaste indebido.

—Sólo necesita iluminarse un poco —dijo Martin mientras Mr. Ransome cerraba de golpe los armarios.

Mrs. Ransome no sabía muy bien si «iluminarse» significaba lo mismo que «aclararse», pero como había pillado lo que Martin quería decir, sonreía, asintiendo.

—Ha sido como jugar a casitas de muñecas —dijo Martin—. Cleo y yo vivimos encima de una tintorería.

Mrs. Ransome pensó que quizá Cleo fuese negra, pero no se atrevió a preguntárselo.

—La verdad —dijo Martin, bajando la voz, porque Mr. Ransome estaba en la despensa contando las botellas de vino del botellero—, la verdad es que nos ha servido para mejorar nuestra relación. Un cambio de aires, como se suele decir.

Rila asintió comprensivamente; era un tema tratado con frecuencia en los programas de televisión de la tarde.

—Buena cama —susurró Martin—. El colchón nos daba mucho..., ¿cómo se dice?..., fuelle. —Martin dio un empujón con las caderas—. Usted ya me entiende, ¿eh, Rosemary?

—Es ortopédico —dijo ella a toda prisa—. Mi marido tiene mal la espalda.

—Yo también la tendría si hubiera vivido aquí mucho más tiempo. —Martin le dio una palmada en la mano—. Es una broma.

—Lo que no entiendo —dijo Mr. Ransome al entrar en la cocina cuando Martin tenía todavía la mano encima de la de su esposa (cosa que tampoco entendió)—, lo que no entiendo es cómo el que trajo todo esto pudo recordar exactamente el sitio de cada cosa.

—No se agobie más —dijo Martin, mientras iba al recibidor y volvía con un álbum de fotos. Era un regalo de Mr. Ransome a su mujer cuando la instaba a escoger un pasatiempo. También le había comprado una cámara que ella nunca supo cómo funcionaba y no había usado nunca, al igual que el álbum. Sólo que ahora estaba lleno de fotos.

—Las maravillas que hace la polaroid —dijo Martin.

Había una docena de fotos de cada habitación del piso sacadas la noche en cuestión; tomas generales, vistas de los rincones, un primer plano de la repisa de la chimenea, otro del escritorio; cada cuarto y cada superficie habían sido fotografiados a conciencia, como los hubiese filmado el secretario de rodaje si el apartamento hubiera sido un plató.

—¿Y nuestro nombre y dirección? —preguntó Mr. Ransome.

—Muy fácil —dijo Martin—. Abra...

—Cualquier cajón —dijeron al unísono los Ransome.

—El que hizo todas estas fotos —dijo Mrs. Ransome— debe de tener un pastón. Qué bonito lo han sacado.

—Es bonito —dijo Martin—. Vamos a echarlo de menos.

—No sólo están en su sitio todas nuestras cosas —dijo Mr. Ransome—. También las habitaciones.

—Mamparas —dijo Martin—. Debieron de traer mamparas.

—No hay techo —dijo Mr. Ransome, triunfalmente—. No pudieron ponerlo.

—Pero sí la araña —dijo su mujer, y así era, colgada de una viga que venía de perlas.

—Bueno, no creo que debamos prolongar más de la cuenta esta fase del proceso —dijo Mr. Ransome—. Hablaré con mi compañía de seguros y les diré que han aparecido nuestras pertenencias. Sin duda ellos contactarán con ustedes para su traslado y devolución. No parece faltar nada, pero en este momento no se puede estar seguro.

—Oh, no falta nada —dijo Martin—. Una o dos chocolatinas, quizá, pero ya las repondré.

—No, no —dijo Mrs. Ransome—, no es necesario. Corren... —dijo, y sonrió— por cuenta de la casa.

Mr. Ransome frunció el ceño, y cuando Martin salió en busca de las diversas facturas, susurró a su mujer que tendrían que limpiarlo todo.

—No quiero ni pensar en lo que habrá ocurrido aquí. Hay un pedazo de papel de cocina en tu tocador, manchado de algo que a todas luces parece sangre. Y tengo el presentimiento de que han dormido en nuestra cama.

—Intercambiemos copias —dijo Martin—. Una para usted y otra para mí. Sus efectos. ¿Se dice «efectos» cuando una persona sigue viva? ¿O sólo cuando ha muerto?

—Cuando ha muerto —precisó Mr. Ransome, con autoridad—. En este caso son posesiones.

—Efectos —dijo Martin—. Buena palabra.

En el patio delantero, cuando se despedían, Martin besó a Mrs. Ransome en ambas mejillas. Tenía la edad que habría tenido su hijo, pensó ella, si hubieran tenido hijos.

—Me siento como si fuera de la familia —dijo él.

«Sí», pensó Mr. Ransome; si hubieran tenido un hijo, habría sido como Martin. Irritante, desconcertante. Como si le acosaran. No habrían podido considerar suya su propia vida.

Mr. Ransome consiguió estrecharle la mano.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Martin, y le dio una palmada en el hombro—. Cuídese.

—¿Cómo sabemos que no estaba en el ajo? —dijo Mr. Ransome en el coche.

—No parece esa clase de persona —dijo Mrs. Ransome.

—¿Oh? ¿De qué clase parece? ¿Alguna vez has visto un caso igual? ¿Has oído hablar de alguno? ¿Cómo son, según tú, esa clase de personas?

—Vamos un poco rápido —dijo ella.

—Tendré que informar a la policía, por supuesto —dijo él.

—Si no se interesaron demasiado antes, ahora se interesarán aún menos.

—¿Quién eres tú?

—¿Cómo dices?

—Yo soy el abogado. ¿Quién eres tú? ¿Eres la experta?

Permanecieron un rato en silencio.

—Pediré una indemnización, desde luego. La angustia. La desazón. Las molestias. Son cuantificables, y hay que tenerlas en cuenta en el arreglo definitivo.

Ya estaba escribiendo la carta mentalmente.

En su debido momento, el contenido del piso retornó a Naseby Mansions, con una tarjeta prendida a una de las cajas que decía: «Úselo como le plazca, Martin.» Y entre paréntesis: «Broma». Mr. Ransome insistió en que colocaran cada cosa en su sitio de antes, lo que habría podido resultar difícil de no ser por el recordatorio del álbum de Mrs. Ransome. Aun así, el grupo que restituyó los muebles fue menos meticuloso que los ladrones que se los habían llevado, aparte de tardar mucho más tiempo. Pero una vez el piso volvió a estar amueblado entero y en cuanto la ropa de cama regresó limpia y planchada de la tintorería, la casa recobró poco a poco su aspecto anterior y la vida volvió a los cauces que Mrs. Ransome consideraba normales, aunque ahora ya no estaba tan segura de que lo fueran tanto.

Muy al principio de esta etapa, y mientras Mr. Ransome estaba en el bufete, su mujer probó la mecedora y la alfombra en las condiciones ahora mucho menos espartanas del salón, pero si bien la mecedora era tan cómoda como siempre, el conjunto no encajaba y le hacía sentirse como si estuviera sentada en unos grandes almacenes. De modo que relegó la mecedora al cuarto de invitados, que visitaba de vez en cuando para sentarse en ella a repasar su vida. Pero no, no era lo mismo, y acabó entregando el mueble al portero, que lo incorporó a su refugio en el cuarto de detrás de las calderas, donde ahora intentaba adentrarse en los libros de Jane Austen.

A Mr. Ransome le iba mejor que a su mujer, pues aunque se había visto obligado a reembolsar a la compañía de seguros el importe del cheque original, pudo alegar que debían tener presente el hecho de que ya había encargado unos altavoces nuevos (lo cual no era cierto), y abonarle una cantidad para pagarlos, con la que,

una vez recibida, sufragó la compra de algunos accesorios último modelo.

De vez en cuando, a lo largo de los meses siguientes, aparecían huellas del inquilinato anterior de Martin y Cleo: un paquete de preservativos (vacío) que habían metido debajo del colchón, un pañuelo en un costado del sofá y, dentro de uno de los adornos de la chimenea, una china de una sustancia dura y marrón envuelta en papel de plata. Mrs. Ransome la olisqueó con mucho tiento y luego se puso los guantes de limpieza y la tiró al retrete, presumiendo que era donde debía estar, aunque la taza sólo se la tragó al cabo de varios intentos, mientras ella, sentada en el borde de la bañera, aguardaba a que se rellenase la cisterna y se preguntaba cómo habría ido aquello a parar a la repisa de la chimenea. Una broma, probablemente, aunque no de las que contaría a su marido.

Pelos extraños eran otras de las cosas que aparecían periódicamente, largos pelos rubios que sin duda pertenecían a Martin, y otros más oscuros y ondulados que ella supuso que serían de Cleo. La presencia de estos pelos no estaba equitativamente repartida entre el vestuario respectivo de los Ransome; de hecho, como su marido no se quejó al respecto, ella dedujo que no había encontrado ninguno, pues si hubiera sido así, con toda seguridad se lo habría hecho saber.

Ella, a su vez, los encontraba por todas partes: entre sus vestidos, sus abrigos, su ropa interior, tanto los de Martin como los de Cleo, pelos pequeños y también grandes, y se quedaba perpleja pensando qué habrían estado haciendo fuera de los límites normales de ambos sexos y de la decencia. ¿Se habría puesto Martin sus bragas en la cabeza?, se preguntó (en un par de ellas había tres pelos de él); ¿siempre había estado tan flojo como ahora el elástico de su sujetador? (Había en él dos pelos, uno rubio y otro moreno.)

No obstante, una noche en que estaba sentada enfrente de su marido, quien tenía los auriculares puestos, advirtió que se tomaba con ecuanimidad, y que hasta le producía cierta emoción, la idea de haber compartido con terceros sus prendas íntimas. O probablemente con dos terceras partes. «No es dos terceras partes lo que quieres decir», le habría dicho Mr. Ransome, lo cual era otro argumento para mantener la boca cerrada.

Había, sin embargo, un recordatorio del pasado reciente que estaban obligados a compartir, aunque sólo fuera por accidente. Después de cenar, una noche de sábado, Mr. Ransome pensaba grabar una emisión en directo de *El serrallo* en Radio 3. Mientras él se disponía a grabarla, ella, pensando que nunca había nada de interés en la tele los sábados por la noche, había empezado a leer una novela sobre infidelidades tediosas situada en Cotswold. Mr.

Ransome había puesto una cinta que creyó que estaba virgen, pero al activar la grabadora comprobó con sobresalto que empezaba con una carcajada incontenible. Mrs. Ransome alzó la vista. Su marido escuchó el tiempo suficiente para detectar que se trataba de dos personas riéndose, un hombre y una mujer, y como no daban indicios de callarse estaba a punto de apagar la grabación cuando su mujer dijo:

—No, Maurice. Déjala. Podría ser una pista.

Así que escucharon en silencio las carcajadas que se prolongaban, casi sin interrupción, durante tres o cuatro minutos, al cabo de los cuales empezaban a remitir y a espaciarse, y fuera quien fuese el que seguía riéndose, a la postre acababa jadeando y sin aliento, y esta falta de resuello se transformaba gradualmente en otro sonido, el segundo tema, por así decirlo, un gemido y después un grito que conducía a un bombeo tan serio y sentido como tonta y alegre era la risa. En un momento dado, el micrófono se acercaba tanto que captaba un sonido tan húmedo que apenas parecía humano.

—Suena como natillas hirviendo —dijo Mrs. Ransome, aunque sabía que no era eso. Cocinar natillas rara vez era tan trabajoso como parecía ser aquello, ni tampoco a las natillas hay que estimularlas con aullidos afirmativos, ni los cocineros gritan cuando llega el momento en que rompen a hervir.

—No creo que queramos oír esto, ¿verdad? —dijo Mr. Ransome, y sintonizó Radio 3 en el instante en que un silencio reverente precedía a la llegada de Claudio Abbado.

Más tarde, cuando ya estaban acostados, Mrs. Ransome dijo:

—¿No será mejor que devolvamos esa cinta?

—¿Para qué? —dijo el marido—. La cinta es mía. De todos modos, no podemos. La he borrado. He grabado encima.

Era mentira. Lo cierto era que había querido hacerlo, pero pensó que cada vez que escuchara aquella música se acordaría de lo que había habido debajo, lo cual anularía cualquier posible excelsitud. Así que había tirado la cinta al cubo de la basura. Luego, pensándolo mejor, mientras su mujer se lavaba los dientes en el cuarto de baño, fue a revolver entre las peladuras de patata y las bolsitas de té usadas y, tras desprender una piel de tomate que se había adherido a la cinta, la escondió en la librería, detrás de un ejemplar de *Salmon: sobre el agravio,* un escondrijo donde también guardaba un alijo de fotografías de ciertos actos sexuales, herencia de un turbio caso de divorcio en Epsom que él había llevado unos años antes. La librería, por supuesto, había viajado asimismo a Aylesbury con todo lo demás, pero había regresado intacta, al parecer sin que el escondrijo hubiese sido descubierto por Martin.

En realidad sí que lo habían descubierto: era de aquellas fotos de lo que Martin y Cleo se habían estado riendo en la cinta.

Si no eran un secreto para Martin, tampoco las fotos lo eran para Mrs. Ransome, que una tarde, buscando casualmente en la librería, sin saber qué cocinar para la cena, había visto el título *Salmon: sobre el agravio* y le sonó vagamente culinario. Había vuelto a poner las fotos en su sitio, pero cada pocos meses comprobaba si seguían allí. Por alguna razón, comprobar que era así la tranquilizaba.

A partir de entonces, algunas veces en que Mr. Ransome escuchaba en su butaca *La flauta mágica* con los auriculares, no era Mozart lo que estaba escuchando. Mientras miraba distraídamente a su mujer leyendo, los gemidos y gritos y retozos interminables de Martin y Cleo llenaban sus oídos. Por muchas veces que escuchase la cinta nunca dejaba de asombrarle; que dos seres humanos pudieran entregarse el uno al otro y al instante presente de una forma tan completa e incondicional era algo que sobrepasaba su entendimiento. Le parecía milagroso.

A fuerza de escucharla tantas veces, la cinta se le hizo tan familiar como una pieza de Mozart. Llegó a reconocer la honda aspiración de aire de Martin como el final de un misterioso pasaje de transición (Cleo estaba a cuatro patas y Martin detrás de ella), en el que el lánguido *andante* (pequeños maullidos de la chica) aceleraba hacia un *allegro assai* de percusión (gritos roncos de ambos) que a su vez daba paso a una coda aún más frenética, un súbito *rallentando* («No, no, todavía no», gritaba ella, y luego: «Sí, sí, sí»), seguido de jadeos, suspiros, silencio y por último sueño. A pesar de no ser un hombre imaginativo, Mr. Ransome dio en pensar que si uno reunía una biblioteca de cintas como aquéllas podía conferirles el título de equivalente sexual de los números de Kochel, y hasta trazar el desarrollo de una especie de estilo en el comercio carnal, con sus períodos inicial, medio y final, adaptando todo el aparato de la musicología de Mozart a aquellos nuevos y aporreantes ritmos.

Tales eran los pensamientos de Mr. Ransome sentado enfrente de su mujer, quien estaba haciendo una nueva tentativa de leer a Barbara Pym. Ella sabía que él no escuchaba a Mozart, aunque había pocas señales evidentes y desde luego nada tan vulgar como un bulto en los pantalones. No, era sólo una expresión tensa en Mr. Ransome, que era lo más opuesto a la que tenía cuando escuchaba a su compositor favorito; una intensidad de atención y una sensación de que, si aguzaba más el oído, quizá percibiese algo en la cinta que se le había escapado la vez anterior.

Su mujer también escuchaba la cinta a ratos perdidos, pero a falta del camuflaje oportuno de Mozart dejaba para las tardes esta

experiencia acústica. Subida a la escalera plegable, sacaba el *Salmon: sobre el agravio* e introducía por detrás la mano en busca de la cinta (las fotos le parecían tan tontas y ridículas como les habían parecido a Martin y Cleo). Luego, tras servirse un pequeño jerez, se acomodaba para escucharlos haciendo el amor, maravillada todavía, después de las doce ocasiones, como mínimo, en que lo había oído, de la duración y la persistencia del proceso y su virulento e indecoroso desenlace. Después se tumbaba en la cama, cavilando en que era la misma cama en la que todo aquello había ocurrido, y se ponía a rememorar la escena.

Aparte de estas epifanías discretas (y discontinuas), la vida después de haber recuperado sus posesiones transcurría de un modo muy similar a como había discurrido antes de perderlas. A veces, con todo, tumbada en la cama o cuando se disponía a levantarse por la mañana, a Mrs. Ransome la deprimía la sensación de haber perdido el tren, aunque no habría sabido decir qué tren era o adónde se dirigía. Antes de la visita a Aylesbury y la recuperación de sus pertenencias, pensaba que había llegado a persuadirse a sí misma de que el robo había sido una oportunidad, de que cada día deparaba su cosecha de pequeñas aventuras: una visita de Dusty, un paseo hasta la tienda de Mr. Anwar, un paseo por Edgware Road. Ahora, arrellanada entre sus cosas, sentía que las distracciones se habían acabado; la vida volvía a ser normal, pero era una normalidad que ya no la deleitaba ni satisfacía.

Las tardes, sobre todo, eran aburridas y llenas de arrepentimiento. Es cierto que seguía viendo la televisión, ya no tan sorprendida como antaño por las cosas que le ocurrían a la gente, sino incluso (como con respecto a Martin y Cleo) con un poco de envidia. Se acostumbró de tal forma a las expresiones del lenguaje televisivo que a veces se le escapaba alguna palabra delatadora, como por ejemplo un día en que comentó que había habido mal rollo en el autobús 74.

—¿Mal rollo? —dijo Mr. Ransome—. ¿Dónde has aprendido esa expresión?

—¿Por qué? —dijo ella inocentemente—. ¿No es correcta?

—En mi vocabulario no.

A ella se le ocurrió pensar que había llegado la hora de recurrir a ayuda psicológica; lo que antes era optativo se había vuelto necesario, y trató de localizar a Dusty por medio de su *helpline*.

—Lo siento, pero Miss Briscoe no puede atender su llamada —dijo una voz grabada, inmediatamente interrumpida por una presencia real.

—Hola. Le habla Mandy. ¿En qué puedo ayudarle?

Mrs. Ransome explicó que necesitaba hablar con alguien sobre la

recuperación repentina de todas sus propiedades robadas.

—Estoy hecha un lío al respecto —dijo, e intentó explicarlo.

Mandy se mostró dubitativa.

—Podría ser a causa del síndrome de estrés postraumático —dijo—, aunque yo no apostaría por eso. Están restringiendo la atención a estos casos ahora que estamos llegando al final del ejercicio financiero, y de todos modos está pensado para casos de violación, asesinato y demás, mientras que nos llama gente que simplemente ha pasado un mal rato en el dentista. No le parecerán sucios los muebles, ¿verdad?

—No —dijo Mrs. Ransome—. Los hemos limpiado todos.

—Bueno, si guarda las facturas yo podría telefonear a Bickerton Road y hacer que le reembolsen algo.

—Da igual —dijo Mrs. Ransome—. Ya me apañaré, supongo.

—En fin, todos tenemos que hacerlo al final, ¿no? —dijo Mandy.

—¿El qué?

—Apañarnos, querida. En definitiva, de eso se trata. Y por como usted lo describe —dijo Mandy—, parece que fue un robo muy *humanitario*.

Mandy tenía razón, pero en esa humanidad residía el problema. De haber sido un robo ordinario habría sido más fácil sobreponerse. Hasta la desaparición absoluta de todo lo que tenían en el mundo era algo a lo que Mrs. Ransome habría podido habituarse; ser «positiva» al respecto, incluso disfrutar. Pero lo que le dolía era la pérdida absoluta combinada con la reconstrucción meticulosa y la restitución. ¿Quién quería robarles hasta aquel extremo y tras haberles robado optaba por unas indemnizaciones tan inmaculadas? Le parecía que le habían robado dos veces, primero con la pérdida de sus posesiones y luego con la oportunidad de recuperarlas. Ni era justo ni tenía sentido; pensaba que quizá la gente se refería a esto cuando hablaba de «estar desestabilizado».

Muy pocas personas escribían a los Ransome. Recibían alguna postal ocasional de Canadá, donde Mr. Ransome tenía parientes de su madre que puntualmente daban señales de vida; les contestaba Mrs. Ransome, con una postal igualmente insulsa, ya que el mensaje desde Canadá decía poco más que «Hola. Seguimos aquí»; y ella respondía: «Sí, y nosotros también.» Pero, por lo general, el correo constaba de facturas y extractos de cuentas, y al recogerlo en el buzón del portal ella apenas se molestaba en mirarlo y lo dejaba sin examinar en la mesa del recibidor donde Mr. Ransome se ocuparía de mirarlo antes de cenar. Aquella mañana concreta ella acababa de cumplir este rito cuando advirtió que la carta de encima procedía de Sudamérica, y que no estaba dirigida a Mr. Ransome, sino a un tal Mr. Hanson. No era la primera vez que esto ocurría, y Mr.

Ransome había vuelto a poner la carta en el buzón del portero con una nota pidiéndole a él o al cartero que en lo sucesivo se fijasen mejor.

Menos tolerante que antes con la meticulosidad de su marido, y como no quería que se repitiera aquel número, Mrs. Ransome puso aparte la carta con la intención de subir después de comer al octavo piso y deslizaría por debajo de la puerta de Mr. Hanson. Al menos sería una excursión.

Hacía varios años que no había subido al último piso. Sabía que se habían hecho algunas reformas, pues Mr. Ransome había tenido que escribir a los propietarios una carta de queja por el ruido que hacían los obreros y lo sucio que dejaban el ascensor; pero como los inquilinos iban y venían, siempre había alguien haciendo algo en alguna parte y Mrs. Ransome llegó a considerar que la renovación formaba parte de la vida. Aun así, al salir del ascensor le sorprendió lo aireado que estaba todo; parecía un edificio moderno, tan claro, despejado y espacioso era el rellano. A diferencia de la caoba abombada y oscura del suyo, allí habían decapado y blanqueado la madera, y en vez de la alfombra anaranjada, sucia y agujereada que cubría su descansillo, arriba había una moqueta gruesa y de un color azul grisáceo que se pegaba a las paredes y amortiguaba todos los sonidos. Encima había una claraboya octogonal y debajo de ella un sofá también octogonal a juego. Parecía más un hotel o un hospital nuevo que el rellano de un edificio de apartamentos. No era sólo la decoración lo que había cambiado. Mrs. Ransome recordaba que allí había varios pisos, pero ahora sólo parecía haber uno, y no quedaba rastro de las puertas que faltaban. Para cerciorarse, buscó el nombre en la única puerta, pero no había ninguno, ni tampoco buzón. Se agachó para tratar de introducir la carta de Sudamérica por debajo de la puerta, pero la moqueta era tan gruesa que era difícil y no entraba. Por encima de su cabeza, sin que ella la viese, una cámara de seguridad, que ella había tomado por un aplique, giró con un movimiento torpe de reptil, en una serie de tirones silenciosos, hasta que la tuvo enfocada. Estaba intentando presionar contra la moqueta cuando sonó un débil zumbido y la puerta se abrió en silencio.

—Entre —dijo una voz incorpórea, y ella obedeció, sujetando la carta como si fuese una invitación.

No había nadie en el recibidor y aguardó insegura, con una sonrisa solícita por si alguien la estaba observando. La forma del recibidor era idéntica a la del de ellos, pero de doble tamaño y decorado igual que el vestíbulo, con la misma madera clara y las paredes ligeramente punteadas. Deben de haber tirado paredes, pensó, deben de haberse anexionado el piso de al lado, todos los

pisos, seguramente, para hacer uno solo en esta planta.

—Traigo una carta —dijo, más alto que si hubiera alguien allí—. La hemos recibido por error.

No se oyó nada.

—Creo que es de Sudamérica. De Perú. Es decir, si aquí vive Mr. Hanson. De todos modos —dijo, desesperada—, la dejo aquí y me voy.

Se disponía a depositar la carta en un cubo de plexiglás transparente que pensó que era una mesa, cuando oyó a su espalda un suspiro exhausto y al volverse vio que la puerta se había cerrado. Pero cuando, con una suave aspiración, se cerraba la que tenía a la espalda se abrió la que tenía delante, y a través de ella vio otra puerta, esta vez con una barra en lo alto, y colgado de la barra vio a un joven.

Se estaba alzando hasta la barra sin aparente esfuerzo, y enumeraba las flexiones en voz alta. Sólo llevaba unos pantalones de chándal grises y unos auriculares. Había llegado a once. Mrs. Ransome aguardó, con la carta en la mano, sin saber dónde mirar. Hacía mucho tiempo que no estaba tan cerca de una persona tan joven y tan desvestida, con pantalones que le caían hasta las caderas, por lo que alcanzó a ver la fina línea de vello rubio que ascendía por el vientre plano hasta el ombligo. Él ya estaba cansado y las dos últimas flexiones —la diecinueve y la veinte— le costaron un gran esfuerzo, y después de casi haber gritado «veinte», empezó a jadear, aferrado con una mano a la barra y con los auriculares alrededor del cuello. Tenía una mata exigua de vello en las axilas y una pelusa incipiente en el pecho, y, al igual que Martin, llevaba el pelo recogido en una coleta, aunque más larga y gruesa.

Mrs. Ransome pensó que en toda su vida jamás había visto a nadie tan bello.

—Traigo una carta —repitió—. La hemos recibido por error.

La tendió hacia el joven, pero como él no hizo ademán de cogerla ella miró alrededor en busca de un sitio donde dejarla.

Había una mesa larga de refectorio en medio de la habitación, y junto a la pared un sofá casi tan largo como la mesa, pero eran los únicos objetos en el cuarto que Mrs. Ransome hubiera llamado propiamente muebles. Diseminados por la habitación, había unos cubos de plástico de colores brillantes que supuso que servirían de mesas improvisadas, o quizá de escabeles. Había una alta pirámide de acero con aberturas que le pareció una lámpara. Había un coche de niño anticuado, con las ruedas orilladas por una banda blanca y con enormes muelles curvos. En una pared se veía el ronzal de un caballo de tiro y en otra una gorra hípica y, al lado, una inmensa fotografía ampliada de Lana Turner.

—Era una estrella de cine —dijo el joven—. Es un original.

—Sí, ya me acuerdo —dijo Mrs. Ransome.

—¿Por qué? ¿La conoció?

—Oh, no —dijo ella—. De todos modos, era americana.

El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra blanca en la que se imaginó que se verían todas las huellas, pero no vio ninguna. Con todo, algo no cuadraba en aquella habitación, y uno de los ventanales de cristal que daba a una terraza le confería un aire de escaparate inconcluso de grandes almacenes, que para tener sentido precisaba un rollo de tweed depositado en desorden encima de la mesa.

El joven la vio mirando.

—Ha salido en revistas —dijo—. Siéntese.

Y le cogió la carta de la mano. Él se sentó en un extremo del sofá y ella en el otro. Él puso los pies encima, y si ella lo hubiera hecho también habría seguido habiendo un montón de espacio entre ambos. Él miró la carta y le dio la vuelta varias veces, sin abrirla.

—Es de Perú —dijo ella.

—Sí, gracias —dijo él, y la rompió por la mitad.

—Podría ser importante —dijo ella.

—Siempre es importante —dijo el joven, y tiró los pedazos a la alfombra.

Mrs. Ransome le miró los pies. Eran perfectos, como cada centímetro cuadrado visible del joven, sin los dedos curvados que tenían ella y su marido. Los del joven eran largos, cuadrados y hasta expresivos; daban la impresión de que, si fuera necesario, podrían suplantar a las manos e incluso tocar un instrumento musical.

—No le he visto nunca en el ascensor —dijo ella.

—Tengo una llave. Así no tengo que parar en los demás pisos. —Sonrió—. Es práctico.

—No para nosotros —dijo ella.

—Es cierto —dijo él, y se rió, sin ofenderse—. Pero yo pago un suplemento.

—No sabía que se pudiera —dijo ella.

—No se puede —dijo él.

Ella se hizo la idea de que era cantante, pero pensó que si se lo preguntaba quizá dejase de tratarla como a una igual. También se preguntó si estaría drogado. El silencio, desde luego, no parecía incomodarle, y sonreía, perfectamente a gusto, recostado en el extremo del sofá.

—Tengo que irme—dijo ella.

—¿Por qué?

El joven se olfateó el sobaco y luego señaló con un brazo la habitación.

—Todo esto lo ha hecho ella.

—¿Quién?

Él señaló la carta rota.

—Ella lo amuebló. Decora interiores. O decoraba. Ahora tiene un rancho en Perú.

—¿De ganado? —dijo Mrs. Ransome.

—Caballos.

—Oh —dijo ella—. Qué bonito. No habrá mucha gente que haya hecho eso.

—¿Qué?

—Decorar interiores y luego... criar caballos.

Él lo pensó.

—No. Aunque ella era así. Ya sabe, inconstante. —Observó la habitación—. ¿Le gusta?

—Bueno —dijo ella—. Es un poco extraño. Pero me gusta el espacio.

—Sí, es un gran espacio. Un espacio extraordinario.

No era exactamente lo que ella había querido decir, pero el concepto de espacio le era familiar porque hablaban mucho de él en los programas de la tarde, de que la gente necesitaba espacio, de que había que cederlo y de que no se debía violarlo.

—Decoró esto y luego, por supuesto, se instaló aquí —dijo él.

—Y entonces usted sintió —dijo ella (y se le hizo tan raro decirlo que era como si hiciera sus primeros intentos balbucientes de hablar urdu)—, sintió que ella le había invadido su espacio.

Él apuntó hacia ella uno de sus hermosos pies, en señal de afirmación.

—Sí. Sí. O sea, se trajo ese puto cochecito...

—Me acuerdo de ellos —dijo ella.

—Sí, bueno, claro, sólo *aparentemente* —dijo él—, aunque para mí no era tan aparente, está ahí como un coche de niño. Está ahí como objeto. Y tenía que ser justo en ese puto sitio. Y como, al parecer, se me ocurrió moverlo, sólo unos centímetros, la señora se puso histérica. Amenazó con llevárselo todo. Con dejar esto vacío. Como si me importara. En fin, ella ya es historia.

Puesto que estaba en Perú, Mrs. Ransome pensó que también era geografía, pero no lo dijo. Asintió y dijo, en cambio:

—Los hombres tienen otras necesidades.

—Desde luego.

—¿Se duele? —dijo ella.

—Me dolí —dijo él—, pero ahora me estoy recuperando. No hay más remedio.

Ella asintió, sabiamente.

—¿Se enfadó ella? —preguntó, y le embargó el deseo de agarrar

el pie del joven.

—Verá: esa mujer estaba siempre enfadada —dijo él, y miró por la ventana.

—¿Cuándo le dejó?

—No lo sé. Pierdo la noción del tiempo. Hará tres, cuatro meses.

—¿En febrero, pongamos? —dijo ella, y no era una pregunta.

—Exacto.

—Hanson, Ransome —dijo ella—. En realidad, no son apellidos tan parecidos, pero, claro, para una peruana...

Él no lo comprendió, no tenía por qué comprenderlo, y entonces ella le contó toda la historia, a partir de cuando volvieron de la ópera, la visita de la policía y la expedición a Aylesbury, el episodio entero.

Cuando terminó, él dijo:

—Sí, podría ser cosa de Paloma. Es capaz de hacer algo así. Tenía un extraño sentido del humor. A usted le parecerá sudamericano.

Ella asintió, como si todas las lagunas que había en aquella narración de los sucesos pudieran atribuirse a la región y a la bien conocida volubilidad de sus habitantes; el hechizo de las pampas, la longitud del Amazonas, las llamas, las pirañas; comparado con todo esto, ¿qué era un simple robo en el norte de Londres? Pero una pregunta le carcomía.

—¿A quién le encargaría ella un trabajo tan fino?

—Oh, eso es fácil. A los pipas.

—¿Los pipas? ¿Quiere decir peones?

—Un equipo de técnicos. Los tíos que montan escenarios. Birlaron la llave. Sacaron las fotos. Desmontaron su piso y lo volvieron a montar en Aylesbury. Dirigidos por un diseñador, seguramente. Se pasan la vida montando y desmontando. Sin ningún problema, es pan comido para ellos..., siempre que les pagues bien. —Guiñó un ojo—. De todas formas —dijo, y miró el exiguo mobiliario de la habitación—, no se debieron deslomar. ¿Su piso es como éste?

—No exactamente —dijo ella—. El nuestro es..., bueno..., más complicado.

Él se encogió de hombros.

—Ella podía pagarlo. Era rica. En fin —dijo, y se levantó del sofá y le cogió la mano—, lamento haberle causado molestias.

—No —dijo ella—. Fue, verá, algo raro, al principio, pero he procurado ser positiva al respecto. Y creo que en el fondo me ha venido bien.

Estaban de pie junto al cochecito.

—Tuvimos uno una vez —dijo ella—. Por poco tiempo.

Era algo de lo que no había hablado desde hacía treinta años.

—¿Un bebé?

—Iba a llamarse Donald —dijo ella—, pero no llegó a nacer.

Ignorando que acababan de hacerle una confesión, el joven se acarició una tetilla, pensativo, y la acompañó al recibidor.

—Gracias por haber aclarado el misterio —dijo ella, y (la cosa más atrevida que había hecho en toda su vida) le tocó levemente la cadera desnuda. Había esperando que él se azoraría, pero no lo hizo ni alteró su expresión risueña y relajada. Pero también debió de pensar que se imponía hacer algo fuera de lo ordinario, pues cogió la mano de Mrs. Ransome, la levantó hasta sus labios y la besó.

Unas semanas después, una tarde en que ella volvía a Naseby Mansions después de la compra, vio una furgoneta aparcada fuera y cuando cruzó el vestíbulo del edificio se topó con un joven que llevaba una gorra hípica y un ronzal alrededor del cuello. Empujaba un cochecito.

—¿Se va Mr. Hanson? —le preguntó al joven.

—Sí. —Se inclinó sobre el coche—. Otra vez.

—¿Se muda con frecuencia?

—Puf, señora. El tío cambia de casa como otra gente se cambia de camisa. Todo esto —señaló la gorra, el ronzal y el coche— va directo a la basura. Ahora, por lo visto, vamos al barrio chino.

—Déjeme que le ayude —dijo ella, asiendo el cochecito mientras el joven forcejeaba con él ante la puerta. Lo empujó por la rampa y lo meció levemente mientras aguardaba a que el chico metiera los otros objetos en la furgoneta.

—Hace tiempo que no empuja usted un coche de éstos —dijo él, en el momento en que se lo quitaba de las manos. Ella se recostó en la pared de la entrada, con la bolsa de la compra, y observó cómo el joven envolvía los muebles en mantas, preguntándose si sería uno de los mozos que habían trasladado los suyos. No le había contado a su marido cómo se había producido el robo, en parte porque hubiera armado un escándalo y se habría empeñado en subir al último piso para tener unas palabras en persona con el joven inquilino. («Seguramente también estaba en el ajo», habría dicho). Le incomodaba pensar en la posibilidad de semejante encuentro. Saludó con la mano a la furgoneta que arrancaba y subió a su casa.

Asunto terminado, o eso pensó ella, pero una tarde de domingo, varios meses después, Mr. Ransome sufrió un ataque. Ella estaba en la cocina, llenando el lavavajillas, y al oír un golpe salió y encontró a su marido tendido en el suelo delante de la librería, con una cinta de vídeo en una mano, una foto pornográfica en la otra y el *Salmon: sobre el agravio* abierto en el suelo. Estaba consciente pero no podía hablar ni moverse.

Ella hizo todo lo que había que hacer, colocarle un almohadón debajo de la cabeza y cubrirle con una manta el cuerpo antes de llamar a una ambulancia. Confiaba en que incluso en aquel trance, su eficiencia y su entereza impresionarían al marido postrado, pero al mirarle mientras estaba esperando a que le pusieran con el servicio pertinente, no vio en sus ojos el menor destello de aprobación ni gratitud, sino tan sólo de puro terror.

Incapaz de llamar la atención de su mujer hacia la cinta que tenía agarrada en la mano, o ni siquiera de soltarla, el marido desvalido observó cómo ella recogía a toda prisa las fotos, y algo en la trastienda de su mente captó el escaso interés o sorpresa que le causaba aquel antiguo y tedioso material obsceno. Por último (se oía ya la sirena de la ambulancia que recorría a toda velocidad el parque), ella se arrodilló a su lado, liberó la cinta de sus dedos céreos y se la guardó como si tal cosa en el bolsillo del delantal. Sostuvo un segundo la mano de su marido (todavía curvada en el gesto de aferrar la ofensiva cinta) y pensó que tal vez la expresión de sus ojos no era ya de terror sino de vergüenza; sonrió, por tanto, le apretó la mano y dijo: «No tiene importancia», momento en el cual los camilleros llamaron al timbre.

Mr. Ransome no ha salido bien parado en este relato; imperturbable, en apariencia, ante los sucesos, a diferencia de su mujer no ha cambiado ni mejorado. Si hubiera tenido un perro habría aparecido bajo una luz más favorable, pero aunque Naseby Mansions esté cerca del parque, vivir encerrado en un piso no es vida para un perro; una afición habría ayudado a Mr. Ransome, una distinta de la pasión por Mozart; es decir, la búsqueda de la interpretación perfecta sólo servía para acentuar el carácter frío y metódico de este personaje. No, para aprender a tomar las cosas como vienen más le hubiera valido practicar artes más desaliñadas, como la fotografía o la pintura de acuarelas; una familia también habría introducido algo más de desorden, y aunque al parecer Mrs. Ransome fue la única que lamentó la pérdida de Donald (y aun cuando Mr. Ransome hubiera sido un padre severo), un hijo le habría limado asperezas y le habría vuelto un poco menos meticuloso; el orden y la pulcritud eran lo único que le importaba en la madurez. Puestos a pensarlo, por lo que se le condena aquí es por no haber salido de su concha, y de haber tenido un hijo quizá no habría habido concha.

Ahora yace mudo e inmóvil en la unidad de cuidados intensivos, y la palabra «concha» parece apta para describir su estado. Oye en alguna parte la voz de su mujer, cercana pero al mismo tiempo lejos y en forma de un pequeño eco, como si su oído fuera también una concha y él una criatura dentro de ella. Las enfermeras le han dicho

a Mrs. Ransome que sin duda él oye lo que ella dice, y pensando que quizá no sobreviva, no tanto al ataque como a la vergüenza y la humillación del mismo, ella procura resolver primero esto. «Si abordamos de un modo más sensato el capítulo del sexo», piensa, «puede que acabemos considerando que este ataque ha sido una bendición.»

Como le parece algo tonto que la conversación tenga que ser por fuerza unilateral, Mrs. Ransome le empieza a hablar a su marido inerte, o, mejor dicho, puesto que hay otros pacientes en el pabellón, le cuchichea al oído; por el rabillo del ojo, él sólo ve de ella la ligera pelusa empolvada de su mejilla bienintencionada.

Ella le dice que conoce desde hace años lo que denomina «esa tontería» y que no es algo de lo que avergonzarse, porque al fin y al cabo sólo se trata de sexo. Dentro de su concha, él trata de pensar qué significa «avergonzarse», aunque ya no lo sabe con certeza, y mucho menos «sexo»; las palabras parecen haberse desprendido de su sentido. Después de haber sido capaz de plantear la tontería de su marido, Mrs. Ransome ha agotado su vocabulario emocional; como nunca ha hablado mucho de este asunto, por un momento le cuesta encontrar palabras. Pero Mr. Ransome, aunque mudo, al mismo tiempo se duele y es evidente que necesitan hablar. De modo que, sosteniendo en la suya la mano fláccida del enfermo, ella empieza a susurrarle cosas en ese lenguaje que ahora comprende que debía adquirir precisamente para esta eventualidad concreta.

—Me cuesta expresarme contigo, Maurice —comienza—. Siempre nos ha resultado difícil sincerarnos, pero vamos a aprender, te lo prometo.

Apretando los labios contra la oreja inmutable, ella ve en primer plano los tiesos pelillos grises que él poda periódicamente con las tijeras curvas durante sus sesiones de reclusión en el cuarto de baño.

—Las enfermeras me dicen que volverás a hablar, Maurice, y yo aprenderé contigo, los dos aprenderemos a hablar el uno con el otro.

Las palabras se arremolinan alrededor de su oreja, y se introducen en ella, incomprendidas. Mrs. Ransome habla despacio. Es como meter la papilla a cucharadas en la boca de un bebé; al igual que nos limpiamos la boca de comida no ingerida, así también ella casi limpia de la oreja el residuo de las palabras no oídas.

No obstante, y tiene mérito, ella persevera.

—No voy a censurarte, Maurice, quiero que lo sepas, porque no soy quién para censurar nada.

Y le confiesa que ella también ha escuchado la cinta a hurtadillas.

—Pero en el futuro, Maurice, te propongo que la escuchemos juntos, para que nos afine las técnicas conyugales..., porque a la postre, mi amor, en el matrimonio tenemos que elegir, y para sacarle partido hay que haber puesto carne en el asador.

Y así prosiguió la en otro tiempo cohibida Mrs. Ransome, ahora en posesión de un léxico completo de ternura y solicitud que vierte en el oído de su esposo. Le habla de perspectivas y de sexo y de que pueden practicarlo con alegría y sin trabas hasta el umbral mismo de la tumba, y le augura un futuro del que formará parte el sexo, y en cuanto él se reponga dedicarán un tiempo especial para dedicarlo a tocarse uno a otro.

—Nunca nos hemos abrazado, Maurice. En lo sucesivo tenemos que abrazarnos.

Festoneado como está con tubos, sondas y controles, abrazar a Mr. Ransome enfermo no es más fácil que abrazarle sano, y su mujer se conforma con besarle la mano. Pero, tras haberle transmitido su visión del porvenir —táctil, comunicativo, armonioso—, quiere rematarlo con un poco de *Cosí.* Piensa que acaso surta efecto.

Procurando no desplazar ninguno de los muchos cables de Mr. Ransome, que no son en absoluto canales de entretenimiento, Mrs. Ransome le coloca suavemente los auriculares en la cabeza. Antes de introducir la cinta en la grabadora, la pone delante de los ojos fijos del marido.

—*Cosí* —enuncia. Y en voz más alta—: ¿Mozart?

Pone la grabadora en marcha, escudriñando alguna reacción en la cara invariable del enfermo. No ve ninguna. Sube el volumen un poco, pero no muy alto, digamos que *mezzo forte.* Mr. Ransome, que ha oído la palabra «Mozart» sin saber si es una persona, una cosa o incluso un camión articulado, afronta temeroso y sin moverse una barrera de sonidos que para él son totalmente ininteligibles y que no perfilan más dibujo ni sentido que las hojas de un árbol, sólo que éstas parecen ser notas y hay alguien que chilla en el árbol (es la gran Kiri). Es desconcertante. Es horrible. Es estridente.

Quizás debido a esta comprensión postrera de que Mozart no tiene sentido, o tal vez a causa de que Mrs. Ransome, al no observar ninguna reacción en el enfermo, decide subir un poco más el volumen, el sonido vibra en los oídos de Mr. Ransome y es esta vibración la responsable; lo cierto es que algo sucede en su cabeza y el frágil saco en el cual se ha infiltrado la sangre revienta y Mr. Ransome oye, más fuerte y más imperiosa que cualquier música que jamás haya oído, un estruendo en sus oídos; suena de repente un breve *andante,* él tose con suavidad y se muere.

Mrs. Ransome no advierte de inmediato que la mano inerte de

su marido ya ni siquiera es eso; y mirando al enfermo, y hasta tocándole, sería difícil advertir lo sucedido. Hay una alteración en la pantalla, pero ella no entiende de pantallas. Sin embargo, en vista de que Mozart no parece surtir efecto, retira los auriculares de la cabeza de su marido y sólo cuando está desenredando los cables frívolos de los serios ve algo distinto en la pantalla y llama a la enfermera.

El matrimonio ha sido muchas veces para ella una especie de paréntesis, y parece adecuado que lo que le dice a la enfermera («Creo que ha muerto») figure aquí entre paréntesis también, y que sea este último, más breve, el que ponga fin al más extenso.

La enfermera comprueba la pantalla, sonríe tristemente y posa una mano cariñosa en el hombro de Mrs. Ransome; luego corre la cortina y deja a marido y mujer a solas por última vez. Y de este modo, cerrado el paréntesis que se abrió treinta y dos años antes, Mrs. Ransome vuelve viuda a casa.

Aquí procede una pausa. Y como la televisión la ha instruido en los procesos del luto y las técnicas del duelo, ella observa esta pausa; se otorga tiempo de sobra para llorar la muerte del marido y para sobreponerse a su pérdida, y, hablando en general, en lo que se refiere a su viudedad no da un paso en falso.

Tiene la impresión, al rememorarlo, que el robo y todo lo acontecido desde entonces han sido una especie de aprendizaje. «Ahora», piensa, «ya puedo arrancar.»

FIN

[1] Juego de palabras intraducible; el policía dice: ¿Es Ransom como en *a kings ransom* (literalmente, el rescate de un rey, esto es, una fortuna) o como en Arthur Ransome? (célebre escritor inglés de novelas de aventuras para niños [1884-1967]). *(N. del T.)*

[2] Asiento en forma de bolsa rellena de bolitas de poliestireno. *(N. del T.)*

[3] *Brisk* significa «enérgico», «brioso». *(N. del T.)*